MORGAN GARO

# Tiene derecho a... besarme



MORGAN GARO

# Tiene derecho a... besarme



**©Morgan Garo**, 2026

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en sistemas de recuperación de información o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, digital, fotográfico o de otro tipo, sin el consentimiento previo y por escrito de la autora.

Esta novela es una obra de ficción. Los personajes, diálogos, escenarios y sucesos descritos son fruto de la imaginación de la autora o han sido utilizados con fines literarios. Cualquier semejanza con personas, lugares o acontecimientos reales es puramente accidental.

Primera publicación: julio de 2026

# PRÓLOGO

Hay maneras y maneras de despertarse. La mía, aquella madrugada, fue con la puerta de mi casa volando por los aires.

No exagero. La puerta del piso en el que llevaba tres días viviendo salió disparada de las bisagras y aterrizó en el suelo del salón con un estruendo que me sacó del sofá de un bote. Estaba dormida ahí tirada, en pijama de verano, con el táper de macarrones agarrado contra la barriga con las dos manos. El táper también saltó, y los macarrones salieron volando.

Lo siguiente que registró mi cerebro, que a esas horas iba a la mitad de revoluciones, fueron las linternas. Un montón de linternas cruzando la oscuridad de mi salón, que aquello parecía un concierto de reguetón y no las dos de la mañana de un martes.

—¡AL SUELO! ¡POLICÍA! ¡AL SUELO, AL SUELO!

Y yo, con la pechera llena de macarrones fríos, pensé una sola cosa con absoluta claridad: esto es un sueño, me he quedado frita viendo series de crímenes y esto es un sueño.

Porque no podía ser otra cosa. Yo no le debía dinero a nadie, yo no había hecho nada. Lo más ilegal que había en aquella casa eran unas bolsas de basura apiladas junto a la ventana, de haber estado limpiando toda la semana, y por eso, que yo sepa, todavía no te meten en la cárcel.

Una mano del tamaño de una sartén me agarró del brazo, me lo retorció lo justo para dejarme sin opciones y me plantó contra el suelo con toda la contundencia que se le reserva a una criminal peligrosa, y no a una mujer que no entendía absolutamente nada. La mejilla se me pegó a la baldosa, que olía a tomate frito, y desde allí abajo vi que el pendiente que había perdido por la mañana estaba debajo del mueble de la tele.

—¡Las manos donde pueda verlas!

—¡Pero si las está viendo! —dije yo, que soy incapaz de callarme ni con una rodilla policial en la espalda—. Me las está retorciendo. ¿Esto qué es? ¿Es por lo de la basura?

No me contestó nadie. Había botas por todas partes, y alguien gritó «¡despejado!» desde mi cocina, que era del tamaño de una caja de zapatos, así que en despejarla tardó bien poco. Otro abrió el armario del pasillo y le cayó encima la aspiradora, que llevaba sin colocar desde que me mudé.

Y entonces entró él.

Lo vi de abajo arriba, empezando por unas piernas enormes que se pararon justo delante de mi cara.

—Levántenla con cuidado —dijo, con una voz grave que se parecía a la de Constantino Romero—. Y que alguien encienda la luz, que esto parece una discoteca.

Me incorporaron. Me sentaron en mi propio sofá, el que todavía olía a plástico de tienda, con las manos sujetas a la espalda y un pegote de macarrón resbalándome por la sien. Y por fin lo vi entero.

Metro noventa y pico de hombre serio, con chaleco, la mandíbula de las que se dibujan con escuadra y cara de no haber dormido. Me miró desde arriba con el gesto del que espera encontrar a un delincuente peligroso y se encuentra a una tía en pijama con salsa en la oreja.

Algo no le cuadraba.

—¿Dónde está? —preguntó.

—¿Dónde está el qué?

—El material.

—¿Qué material? —Miré alrededor de mi salón, que consistía en treinta cajas de mudanza sin abrir, un sofá y una planta de albahaca que se me estaba muriendo por motivos que desconozco—. Mire usted mismo. Aquí no hay más material que el de embalar, y ni ese lo he estrenado.

Apretó los labios y le hizo una señal a uno de sus hombres, que se puso a abrir cajas con un cúter. La primera estaba llena de sartenes. La segunda, de sartenes también. La tercera, de sartenes

y de un cucharón de madera que me regaló mi abuela y que, si me lo rompían, se iban a acordar de mí.

—Cuidado con eso —le solté—, que tiene valor sentimental.

Y en aquel momento glorioso, en mitad de mi humillación, entró el perro.

Un pastor alemán enorme, con su chaleco de la unidad, su placa y toda su parafernalia de agente del orden. Entró fiero, con la nariz pegada al suelo, hecho un profesional. Y yo pensé: ya está, ahora este bicho encuentra lo que sea que buscan y me llevan presa por algo que no he hecho.

El perro levantó la cabeza. Me olió. Me miró. Y se derritió.

No sé decirlo de otra manera. Se le cayó al suelo toda la profesionalidad de golpe. Se acercó meneando la cola entera, no solo el rabo sino el cuerpo completo, y me pegó la cabezota en las rodillas con una confianza de toda la vida.

—Káiser —dijo el jefe, tirando de la correa—. Káiser, deja.

Káiser no dejó. Se me subió medio encima, me lamió la barbilla, encontró el pegote de macarrón de la oreja y decidió que era lo mejor que le había pasado en la vida.

—Esto no lo hace nunca —dijo, rojo como un pimiento.

—Pues qué bien me viene que empiece hoy —dije yo, con las manos todavía sujetas y un perro policía de cuarenta kilos declarándome amor eterno en el regazo.

El jefe se pasó una mano por la cara. Miró al perro, me miró a mí, miró las tres cajas de sartenes, la albahaca moribunda y mis bragas tendidas en el radiador, que ahora iluminaba una linterna.

Y yo, que empezaba a entender que allí el que la había liado no era yo, levanté la barbilla todo lo que me dejó el perro y solté lo único que se me ocurrió:

—¿Me van a pagar la puerta?

# CAPÍTULO 1



## *Empecemos por el principio*

*Tres días antes:*

Todo aquello tenía una explicación, y la explicación empezaba con un anuncio demasiado bueno para ser verdad.

«Piso céntrico, dos habitaciones, reformado, luminoso. 400 al mes. Para entrar a vivir.»

Cuatrocientos. Al mes. En el centro. Lo leí en la pantalla del móvil, sentada en la cocina de mi madre en Sevilla, e hice lo que haría cualquier persona sensata: desconfiar. A mí me han educado en la sospecha, y un piso céntrico por cuatrocientos euros o tiene humedades hasta en el techo o esconde un muerto debajo de la tarima.

Pero es que necesitaba ese piso. O uno parecido.

Después de dos años friendo croquetas en el bar de mi tío, me habían cogido en una cocina de verdad. Un restaurante, en la ciudad, de segunda de partida, y a mí me sonaba a gloria bendita.

Lo único malo era que la ciudad estaba a dos horas y pico de Sevilla, y no pensaba pegarme cuatro horas de coche al día para llegar a casa oliendo a sofrito y sin tiempo ni de ducharme.

Así que llamé al del anuncio.

Contestó un hombre con prisa. Mucha prisa, de esa que ya debería haberme puesto la mosca detrás de la oreja, pero yo estaba tan ilusionada que no le hice caso.

—El piso está libre ya —me dijo—. El anterior inquilino se fue ayer.

Le pregunté por qué estaba tan barato y me contestó que quería alquilarlo rápido, que no le gustaba tenerlo parado. Le pregunté si había humedades y me dijo que no. Le pregunté un par de cosas más, se rió raro y me dijo que me pasara a verlo.

Y así hice. Y aquí viene lo bueno: el piso estaba bien. Más que bien. Suelos nuevos, cocina decente, luz a raudales y un salón que, para lo que yo tenía, sobraba. Le di vueltas buscando la trampa. Golpeé las paredes como una loca, porque una vez vi en la tele que así se descubren las humedades, aunque no tenía ni idea de qué estaba escuchando.

Todo sonaba normal. Toc, toc, pared maciza. Menos un trozo.

Había una pared, la del fondo del salón, con el gotelé distinto. Un cuadrado de un metro por un metro, con el grano un pelín más grueso, de otra mano y de otro día. Le di con los nudillos y sonó a hueco.

—Aquí hay hueco —le dije al hombre.

—Ahí había una estantería —me contestó sin mirar—. La quitaron y taparon los agujeros. Cosas del anterior.

Me encogí de hombros. Qué iba a saber yo de tabiques. Igual era normal que sonara hueco donde antes había habido una estantería, y aquella mañana no estaba yo para pensar mucho, estaba para firmar y dormir cerca del restaurante.

Firmé. Le di la fianza en efectivo, que era otra cosa que me pidió con una prisa que debería haberme escamado, y me quedé con las llaves de mi primer piso de verdad. Uno mío. Alquilado, pero mío.

* * *

La mudanza la hice yo sola, en los días siguientes, con la furgoneta de un primo. Treinta cajas, la mayoría de sartenes y cazuelas, porque una cocinera acumula cacharros igual que otras acumulan zapatos. Subí las cajas por una escalera sin ascensor mientras me juraba apuntarme a un gimnasio, promesa que me hago desde los diecinueve años.

En el tercer viaje, cuando ya iba sudando como un pollo y arrastrando la caja de las ollas por el rellano, se abrió la puerta de enfrente y apareció una señora en bata de guatiné en pleno junio, con el moño tirante, las gafas en la punta de la nariz y una cara de llevar vigilando el edificio desde la Transición.

—¿Usted es la nueva? —me soltó, sin saludar.

—Servidora. Candela. —Le tendí la mano por encima de la caja.

No me la cogió. Me miró a mí, miró la caja y miró el descansillo en busca de pruebas de algo.

—Ese piso ha dado muchos problemas —dijo, bajando la voz aunque no había nadie más—. Entraba y salía gente a deshoras. Yo lo dije, ¿eh? Yo lo denuncié. Que conste que avisé.

—¿Qué gente?

—Gente rara. —Se ajustó las gafas—. El de antes no daba ni los buenos días, y venían coches por la noche. Yo no me meto en la vida de nadie, pero una casa por la que entra y sale gente a las cuatro de la mañana no es una casa honrada.

Yo llevaba veinte kilos de acero inoxidable en los brazos y las piernas temblando, así que hice lo único que se puede hacer con una vecina así: sonreír, meterme en mi casa y cerrar con el pie.

Me apoyé en la puerta y miré mi salón lleno de cajas. Le quité importancia a lo de la señora en el acto, porque en todos los edificios hay una vecina visillera a la que todo le parece sospechoso, y porque tenía cosas más urgentes, como encontrar en cuál de las treinta cajas estaba la maldita cafetera.

No la encontré. Encontré, eso sí, el táper de macarrones que me había preparado mi madre para el viaje, porque mi madre está convencida de que la ciudad es un sitio donde la gente muere de hambre entre mudanza y mudanza.

Me los comí fríos, de pie, con un tenedor de plástico, mirando por la ventana la ciudad que iba a ser la mía. Y estaba contenta. Contenta de verdad, con esa alegría un poco tonta de la gente que se muda sola.

Antes de acostarme decidí colgar una cosa. Una lámina que me regaló mi hermana, un dibujo feo de una sardina con «Sevilla» escrito debajo que me hace gracia por motivos que no vienen al caso. Cogí un clavo y un martillo, y busqué un buen sitio.

La pared del fondo. La del gotelé distinto. Justo en el centro del cuadrado raro.

Di el primer martillazo, y el clavo, en lugar de clavarse en un tabique de toda la vida, se hundió de golpe, entero, con una facilidad que no tenía ningún sentido. Detrás de esa pared no había ladrillo, había aire.

Me quedé mirando el clavo medio hundido, con el martillo en alto.

—Vaya chapuza —dije en voz alta, a nadie.

Saqué el clavo. Por el agujerito no se veía nada. Metí el dedo. Hueco, aire, y al fondo la yema me rozó algo que no era ni ladrillo ni yeso, algo más liso.

Podría haber investigado. Podría haber cogido una linterna, agrandado el agujero, mirado qué era aquello. Pero eran las once de la noche, llevaba un día entero subiendo cajas y empezaba a trabajar a las siete, así que hice lo que hace cualquiera con dos dedos de frente y ninguna gana: colgué la sardina apenas unos centímetros más a la izquierda, donde la pared sí era de verdad pero el marco seguía cubriendo el cuadrado raro, y me olvidé del agujero.

Me tumbé en el sofá con lo que quedaba de los macarrones. Me comí tres. Cerré los ojos lo que creía que iba a ser un momento, pero el momento duró hasta las dos de la mañana, hasta que la puerta salió volando.

# CAPÍTULO 2



*Disculpe las molestias*

A lo de la puerta no me contestó nadie. Para variar.

Lo que pasó fue que el jefe se llevó la mano a la oreja, donde tenía uno de esos pinganillos de policía de serie, y escuchó algo que no le gustó. Le cambió la cara. No mucho, porque era de esos hombres a los que la cara no se les mueve por cualquier cosa, pero lo justo para que yo, que llevaba un rato estudiándolo desde el sofá por no tener otra cosa que hacer con las manos esposadas, lo notara.

Se apartó unos pasos y habló bajito con otro agente, uno mayor, con bigote, que más tarde supe que se llamaba Molina y que iba mirando un papel.

—¿El tercero B? —oí que decía el del bigote.

—El tercero B —contestó el jefe.

—Pues este es el tercero B.

—Ya sé que es el tercero B.

—Digo que el aviso era de hace tres días. Que el pájaro voló.

El jefe cerró los ojos un momento y contó hasta diez para no decir algo de lo que se iba a arrepentir. Cuando los abrió, me miró a mí, con mi pijama y el perro babeándome la rodilla. Y en esa mirada vi el instante exacto en que un hombre entiende que la ha liado parda y que no hay pinganillo en el mundo que lo arregle.

—Quítenle las esposas —dijo.

—Ya era hora —solté yo.

El del bigote se acercó con cara de funeral y me liberó las muñecas. Me las froté más por el drama que por otra cosa, porque no me habían hecho daño, pero una tiene que aprovechar estas ocasiones.

—Señora —empezó el jefe.

—Señorita.

—Señorita. —Hizo una pausa. Se le notaba que le costaba—. La orden era correcta. El error ha sido no comprobar que el inquilino había cambiado.

Ahí es donde una mujer sensata se habría mordido la lengua y habría disfrutado de su superioridad moral para sus adentros. Pero yo no soy así. Cuando la vida me pone la razón en bandeja, no me conformo con tenerla: la paseo.

—¿Un error? Un error es echarle sal en vez de azúcar al bizcocho. Esto —señalé la puerta, tirada en el suelo del salón— es otra cosa. Esto tiene nombre.

—Entiendo que esté alterada.

—No estoy alterada. Estoy flipando, que es distinto.

El del bigote hizo un ruidito con la garganta que se parecía sospechosamente a una risa, y el jefe le lanzó una mirada que lo devolvió al mundo de los serios en el acto.

—Bruno Alcázar. Estoy al mando del operativo —dijo entonces, y sacó una placa que me plantó delante por si eso mejoraba algo—. Estábamos ejecutando una orden de registro sobre este domicilio. La información que teníamos indicaba tráfico de estupefacientes.

—Aquí con lo único que se trafica es con sartenes.

—Eso ha quedado claro.

Lo dijo tan serio, tan sin pizca de gracia, que se me escapó media sonrisa antes de acordarme de que estaba enfadada. La

disimulé mirando el estropicio, porque mientras nosotros hablábamos sus hombres habían dejado mi piso con pinta de haber pasado un huracán: las treinta cajas abiertas, las sartenes por el suelo y un cajón de ropa interior volcado en mitad del pasillo. Y la puerta, en medio de todo, mirándome desde el suelo.

—Voy a necesitar tomarle unos datos para el informe —siguió, sacando una libreta—. Nombre completo, documento de identidad.

—Son las dos y cuarto de la mañana.

—Lo sé.

—Y empiezo a trabajar a las siete.

—Ya. —Miró la libreta, miró la puerta en el suelo, y no supo qué decir.

Y entonces, porque a la escena le faltaba un ingrediente para estar completa, apareció ella. En el hueco donde antes había una puerta, con la bata de guatiné y las gafas en la punta de la nariz, estaba la vecina de enfrente. Se agarraba al marco con las dos manos, asomándose a mi salón con los ojos golosos de quien mira un escaparate.

—¡Lo sabía! —dijo. No a mí, al universo—. ¡Lo dije yo, que en ese piso pasaban cosas!

—Señora, esto es una escena policial —le dijo el del bigote—. Haga el favor de retirarse.

—¿Retirarme? Si llevo yo avisando desde febrero. —Me señaló con un dedo acusador—. ¿Y esta? ¿Esta también estaba metida?

—Esta —dije yo— es la que va a tener que dormir sin puerta por su culpa, doña…

—Puri.

—Doña Puri. Encantada. —Le dediqué la sonrisa más falsa de mi repertorio, que es amplio—. Aquí no se trafica con nada. Y ahora, si me disculpa, tengo a diez señores registrándome las bragas y a un perro enamorado, así que váyase a dormir tranquila, que su barrio sigue siendo honrado.

Doña Puri abrió la boca, la volvió a cerrar, me miró de arriba abajo con el desprecio de quien no piensa creerse una palabra, y se retiró a su fortaleza.

—Le pido disculpas por la vecina también —dijo Alcázar.

—Esa no es cosa suya. Esa ya venía de fábrica.

La declaración la hicimos en mi propia cocina, porque era el único sitio con una silla libre. Yo sentada, él de pie, con la libreta apoyada en la encimera, porque los dos y el perro no cabíamos en aquel zulo. Le dicté mi nombre, mi DNI de memoria porque el físico seguía enterrado en alguna caja, el nombre del restaurante, el del casero y la fecha en que había firmado.

Y mientras yo hablaba y él escribía, me di cuenta de una cosa que me fastidió profundamente. El hombre era guapo. No guapo de anuncio, sino de los que no lo saben o no les importa, que son los peores, porque no puedes ni odiarlos a gusto. Tenía la mandíbula de los que aprietan los dientes hasta durmiendo, y unas manos grandes que sujetaban aquel bolígrafo minúsculo con una torpeza que, en otras circunstancias, me habría parecido hasta tierna. Pero las circunstancias eran que me había tirado la puerta abajo a las dos de la mañana, así que decidí olvidarme de que era guapo y a otra cosa.

—¿Vive sola? —preguntó.

—Sola. Bueno. —Miré a Káiser, sentado sobre mi pie derecho, mirándome con adoración—. Sola hasta hace media hora, porque al final le voy a robar el perro.

—¿Cuánto lleva viviendo aquí?

—Tres días. Y con lo de esta noche, se me están haciendo largos.

Apuntó algo. Luego levantó la vista, y noté que la siguiente pregunta la hacía con más cuidado, tanteando el suelo antes de pisar.

—¿Cómo encontró el piso?

—Por un anuncio. Céntrico, reformado, cuatrocientos al mes. Una ganga.

—Cuatrocientos.

—Cuatrocientos... sí. Ya sé lo que está pensando, porque a mí también me olió raro. El casero me dijo que quería alquilarlo rápido y que el anterior inquilino se había ido de un día para otro.

Alcázar dejó de escribir. No hizo ningún gesto de película, ni entornó los ojos ni nada. Solo se quedó un momento con el bolígrafo parado sobre la libreta, mirando un punto de la encimera, haciendo

por dentro una cuenta que yo no veía pero que se le notaba en la quietud. Luego apuntó dos o tres palabras muy despacio y pasó de página.

—¿Le dijo el nombre del anterior inquilino?

—No. Y yo tampoco pregunté, que una firma un alquiler barato y no se pone a investigar el árbol genealógico del de antes. ¿Por?

—Por nada. Procedimiento.

Y aquello me sonó a la mentira peor contada de la noche.

Cuando terminó, me explicó que iban a precintar el acceso y que al día siguiente me llamaría alguien de administración para lo del parte de daños. Yo le hice las cuentas: eran las tres, empezaba a las siete, y me iba a estrenar en la cocina que dependía de que no me echaran a la semana con dos horas de sueño y sin puerta en casa. Le pregunté cómo se reponía eso en un parte.

No me soltó ninguna frase hecha de las de «lamentamos las molestias». Se quedó mirando el suelo, las cajas reventadas, la puerta caída, y por la cara que puso, estaba haciendo esas cuentas conmigo y no le salían mejor que a mí.

—Deje el precinto puesto —dijo al fin—. Del resto me encargo yo. Mañana a primera hora le mando a alguien con una puerta, y antes de las diez la tiene puesta.

—¿Me lo promete o me lo dice para que me calle?

—Las dos cosas.

Sus hombres empezaron a recoger. Los vi desfilar por el hueco de mi puerta con sus chalecos y sus linternas, cabizbajos. Uno de ellos, el más joven, se paró a mi lado antes de salir, se agachó, metió el brazo hasta el hombro debajo del mueble de la tele y sacó mi pendiente, el que había perdido por la mañana. Me lo puso en la palma de la mano sin decir nada, con una cara de vergüenza que daba pena, y se fue medio corriendo. De todo lo de esa noche, aquel gesto tonto fue lo único que estuvo a punto de hacerme llorar. Cosas del sueño, supongo.

Alcázar fue el último. Cuando ya no quedaba nadie, se acercó con Káiser pegado a mi pie, clavado ahí.

—Señorita.

—Candela.

—Candela. Lo siento. De verdad. Esto no suele pasar.

—Ya. A mí tampoco suelen tirarme la puerta abajo. Será que hoy es un día raro para todos.

Sacó una tarjeta del bolsillo interior del chaleco y la dejó en la encimera, encima de una caja.

—Por si necesita algo.

—Una cosa. —Lo paré antes de que se fuera—. Como me vuelvas a llamar «señorita» después de esto, te denuncio yo a ti. Que me tutees, hombre. Que ya me has visto las bragas tendidas y todo.

Se le escapó por fin algo parecido a una sonrisa entera, y me duró en la cabeza más de lo que debía.

—Trato hecho —dijo—. Tú también, entonces.

—Yo también.

Se agachó a coger la correa, y ahí empezó lo bueno, porque Káiser, que hasta ese momento había sido un pastor alemán ejemplar al servicio del Estado, decidió que de aquel salón no se movía. Clavó las cuatro patas. Alcázar tiró. El perro se dejó arrastrar por las baldosas sin levantarse, mirándome con unos ojos de «no me hagas esto» que me partieron por la mitad.

—Adiós, Káiser. Pórtate bien.

Soltó un ladrido corto, agudo, indignadísimo, y desapareció escaleras abajo llevándose a rastras a su dueño, que a esas alturas ya no tenía ni pizca de jefe.

Y ahí me quedé, en mitad de mi salón destrozado, a las tres y diez de la mañana, sin puerta, sin perro y con sueño. Cogí la tarjeta. «Bruno Alcázar», ponía, con un número. Le di la vuelta. Por detrás, con una letra apretada, había apuntado a mano otro número y dos palabras: «Puerta. Antes de las diez.»

La dejé otra vez sobre la caja. Y en vez de ponerme a recoger, que era lo sensato, me senté en el suelo, apoyé la espalda en el sofá y me comí el último macarrón frío que quedaba en el táper. Estaba malísimo, pero me supo a gloria.

# CAPÍTULO 3



*Bautismo de fuego*

Salí de casa a las seis y cuarenta con dos horas de sueño, el pelo mojado y un problema enorme con la puerta. Una cosa es irte a trabajar y dejar la casa cerrada, y otra dejarla abierta de par en par, con un precinto de plástico por toda defensa y treinta cajas dentro, la mitad con cuchillos que me habían costado un riñón. No podía llevármelo todo ni podía quedarme, y el hombre de la puerta no llegaba hasta las diez.

Solo había una persona despierta en aquel rellano a las seis y cuarenta. Una persona que, de hecho, no creo que duerma nunca. Llamé al timbre de enfrente.

Doña Puri abrió al segundo toque, ya vestida, ya con las gafas puestas. Llevaba desde las cinco esperando que alguien la necesitara, se le notó en la cara.

—Doña Puri, buenos días. Verá, tengo que irme a trabajar y me han dejado la casa sin puerta. Van a venir a las diez a ponerme una.

¿Puede estar pendiente? Solo que no entre nadie que no sea el de la puerta.

La vi crecerse. Le acababa de dar, sin querer, el mejor regalo de su vida: una misión de vigilancia oficial, con mi bendición y todo.

—Descuida —dijo, cuadrándose casi—. De aquí no pasa ni el aire.

—Se lo agradezco much…

—¿A qué hora viene? ¿Sabes el nombre? ¿La empresa? ¿Vendrá en furgoneta o en coche particular? Porque si viene en coche particular ya te digo yo que…

—A las diez, doña Puri. Me tengo que ir.

Y me fui con la extraña sensación de haberle entregado las llaves de mi reino a la única persona del edificio convencida de que yo era una narcotraficante. Pero era eso o dejar la casa a merced de cualquiera, así que elegí al diablo conocido.

El Almirez estaba a quince minutos andando, y entré por la puerta de servicio, como me habían dicho. Me recibió un olor a mantequilla y a fondo de carne que me despertó más que la ducha. La cocina era pequeña para lo que salía de ella, y estaba llena de gente que se movía en una coreografía que yo no conocía. Nadie me miró. El primer día, en una cocina, eres invisible hasta que demuestras que no vas a estorbar.

El chef Robledo sí me miró. De arriba abajo, en dos segundos, con la eficacia del que lleva treinta años decidiendo en una ojeada si vas a durar o no.

—La nueva. Segunda de partida. Vas con Vero, en cuarto frío, hasta que yo diga. Aquí se llega a la hora, se calla, se trabaja y se prueba todo antes de que salga. ¿Alguna duda?

—Ninguna, chef.

—Bien.

Y ahí acabó mi bienvenida. Vero resultó ser una mujer de mi edad, con los brazos llenos de quemaduras viejas y una manera de hablar de medio lado, sin mover apenas los labios, para que el chef no la oyera. Me cayó bien en el primer minuto.

—¿Cuánto has dormido? —me soltó, poniéndome delante una montaña de cebolla.

—¿Se me nota?

—Tienes cara de haber velado un muerto.

—Casi. Me han tirado la puerta de casa abajo esta noche.

Paró el cuchillo un segundo, esperando el remate del chiste. Cuando entendió que no había remate, que era verdad, soltó una risa por la nariz.

—Chica, tú y yo vamos a ser amigas —dijo, y siguió cortando.

Las siguientes seis horas las recuerdo a trozos: cebolla y más cebolla, un cubo de zanahoria que corté tan fino que hasta Vero levantó una ceja, y el sueño llegándome en oleadas mientras yo achicaba agua a base de café de puchero y de miedo a que me echaran el primer día. En un momento dado me quedé dormida de pie, con los ojos abiertos, sujetando un manojo de perejil, y solo me salvó que Vero me dio un codazo justo antes de que el chef pasara por detrás.

—Despierta, bella durmiente —me susurró—. Que Robledo huele el sueño como los tiburones la sangre.

El servicio de mediodía fue otra cosa. Fue guerra. Las comandas entrando sin parar, el chef cantando platos con una voz que no admitía réplica, el pase llenándose y vaciándose a un ritmo que no me daba tiempo ni a pensar. Y ahí, curiosamente, se me pasó el sueño de golpe, porque cuando la cosa se pone fea de verdad el cuerpo se olvida de que está muerto y solo responde. Emplaté, limpié bordes, mandé fuera, y escuché «oído» y «va» hasta que dejaron de ser palabras.

Metí una sola pata en toda la mañana, pero fue buena. Casi mando a la sala una burrata con el aceite de albahaca cambiado por el de guindilla, que le habría hecho llorar a una señora de setenta años en su aniversario. Lo vi en el último segundo, por el color, y lo cambié sin que nadie se enterara. Nadie menos el chef, que se entera de todo.

—Bien visto —dijo al pasar. Ni me miró.

Vero abrió mucho los ojos.

—¿A ti Robledo te ha dicho «bien visto» el primer día? A mí me dijo que cortaba el pescado con odio.

Y yo, con apenas dos horas de sueño, me sentí la reina del mundo.

Salí a las cinco, molida, con un olor a fritanga en el pelo que no se iba con nada, y me acordé de la puerta solo al llegar al portal. Subí las escaleras imaginándome lo peor. Nada de eso. En mi rellano había una puerta nueva, buena, de madera maciza, con una cerradura de las que cierran con ese ruido gordo y tranquilizador de las cosas caras. Antes de que pudiera llamar a la puerta de enfrente, se abrió. Pero no apareció la doña Puri de la bata y el dedo acusador. Apareció otra: peinada, con los labios pintados, con dos juegos de llaves dentro de un sobre y cara de haber vivido el día más emocionante de la última década.

—Ay, hija, por fin. Tengo que contarte.

—Doña Puri, estoy muerta, de verdad, mañana…

—Que ha venido él.

—¿Quién?

—El del mando. Vino en persona, a las diez en punto, con el de la puerta, a supervisar que todo quedaba bien. Un caballero. Y yo, claro, me informé, porque una es curiosa. ¿Y tú sabes quién es ese hombre?

—Un policía.

—Un policía, dice. —Chascó la lengua—. Ese sale en el telediario, criatura. Ese es de los que ponen los fardos encima de una mesa con las cámaras delante. De los importantes. Me lo ha dicho mi sobrino, que es de la científica. Que ese no viene a poner una puerta ni aunque se hunda el mundo. Y ha venido a poner la tuya.

Me quedé con la llave a medio meter en la cerradura y no supe qué hacer con esa información, así que la dejé para otro momento, junto al detalle de que el hombre era guapo.

—Gracias por todo, doña Puri. En serio. Se ha portado usted como una vecina de las de antes.

Se puso colorada, y por un momento aquella señora que llevaba denunciando mi piso desde febrero y yo estuvimos a punto de caernos bien.

Abrí mi puerta nueva, que cerraba de gusto. Dentro, alguien había recogido un poco. Las cajas estaban otra vez apiladas y el

cajón de la ropa interior otra vez en su sitio. Encima de la encimera, donde la noche anterior él había dejado la tarjeta, había ahora un sobre. Dentro, las facturas de la puerta a nombre de una cuenta oficial, para que me quedara claro que no me lo cobraban a mí. Y una nota con la misma letra apretada:

«Puerta puesta con dos copias de llaves. Perdona otra vez el destrozo. Cualquier problema, ya tienes mi número. B. A.»

Y debajo, más pequeño, algo que me hizo gracia:

«Káiser te manda recuerdos.»

Leí esa última línea tres veces. Luego dejé la nota, me quité los zapatos y me tiré en el sofá que todavía olía a tienda. Y antes de quedarme frita, le sonreí como una tonta al techo de mi casa nueva.

# CAPÍTULO 4



*Fuera de servicio*

Los días siguientes fueron cogiendo forma. Es lo que tiene el trabajo de verdad, que te ordena la vida a la fuerza. Entraba a las siete, salía a las cinco o a las tantas según el servicio, volvía andando por el mismo callejón y caía en el sofá como un saco. Deshice tres cajas. Encontré la cafetera y la casa empezó a parecerse a una casa.

De la noche de la puerta no volví a saber nada. Ni de Alcázar, ni del perro. Doña Puri me daba los buenos días con una sonrisa cómplice, y a mí se me iba pasando el enfado poco a poco, porque estaba demasiado ocupada para mantenerlo. La tarjeta seguía en la encimera. Me la había encontrado dos o tres veces al ir a por un vaso, la había leído entera, y la había vuelto a dejar en el mismo lugar.

Hasta el domingo. El domingo libraba, y lo dediqué a lo que dedica su día libre cualquiera sin vida social en una ciudad nueva: a la compra. Bajé al mercado de la plaza, llené dos bolsas de tomates

buenos, un pan como Dios manda y unas cosas para probar una receta, y volvía tan tranquila, con el sol de la tarde en la cara.

Y entonces oí el ladrido. No uno cualquiera, sino un ladrido agudo, escandaloso, de alegría desbordada, de los que solo suelta un animal que acaba de ver lo que más quiere en el mundo. Me giré por instinto, y a treinta metros, en la otra acera, vi a un pastor alemán perder por completo la cabeza.

Káiser. Tiró de la correa con todo el cuerpo, y el hombre que iba al otro extremo dio un traspié y estuvo a punto de besar el suelo. Cuando recuperó el equilibrio, levantó la vista para ver qué le había vuelto loco al perro. Y me vio.

Y ahí ocurrió una cosa curiosa: no reconocí a Alcázar. Sabía que era él, pero no era el mismo hombre. El de mi salón era un armario con chaleco táctico, todo ángulos y autoridad. Este iba en vaqueros y una camiseta gris gastada, sin afeitar, con el pelo revuelto, y parecía diez años más joven y mil veces más humano. Un hombre cualquiera paseando a su perro un domingo. Un hombre al que, de haberlo visto sin más, habría mirado dos veces. Me fastidió muchísimo pensar eso.

Cruzó la calle porque el perro no le dejó otra opción. Káiser llegó a mí antes que él, me puso las patas en la barriga y me tiró una bolsa, y tres tomates salieron rodando calle abajo.

—Káiser, no. ¡Káiser! —Alcázar llegó tirando de la correa, coloradísimo—. Lo siento. No sé por qué se pone así.

—Ya veo. —Me agaché a rescatar lo que pude mientras el perro me lamía la oreja—. Es la segunda vez que me tiráis algo al suelo. Empiezo a tomármelo como algo personal.

Recogió dos tomates de la cuneta, los limpió con el borde de la camiseta por si eso los salvaba y me los tendió con una cara de circunstancias que, en un hombre tan grande, resultaba hasta cómica.

—Estos ya…

—Esos ya están para el gazpacho. Dame.

Se quedó ahí plantado, con la correa en una mano y el perro sentado sobre mi pie por enésima vez en nuestra corta y accidentada relación, y por un momento ninguno de los dos supo

qué decir. No hay protocolo para encontrarte por la calle, un domingo, con el hombre que te tiró la puerta abajo.

—¿Vives por aquí? —pregunté, más por llenar el hueco que por otra cosa.

—A unos veinte minutos andando. Bueno. El perro tira siempre para este lado desde… —Se calló—. Desde hace poco. No sé por qué.

—Ya. Un misterio.

—Un misterio.

Y a los dos se nos escapó algo parecido a una sonrisa, y los dos miramos al perro para no mirarnos.

Podríamos habernos despedido ahí, pero Káiser no tenía ninguna intención de despedirse de mí, y su dueño tampoco tenía mucha prisa, así que acabamos andando en la misma dirección, hacia mi casa, con el perro trotando feliz entre los dos, muy orgulloso de habernos juntado.

—¿Qué tal el trabajo? —preguntó—. Lo de las dos horas de sueño.

—Sobreviví. Al final resulta que se me da bien.

—Me alegro. —Y sonó a que era verdad.

Anduvimos media manzana sin decir nada, y no fue de esos silencios incómodos, fue de los otros. Luego, cuando ya se veía mi portal, cambió el tono. Lo justo para que yo lo notara.

—Oye. Candela. Te voy a pedir una cosa, y no quiero que te asustes.

—Cuando alguien te dice que no te asustes es justo cuando te asustas.

—Ya. Nada. Que si algún día viene alguien preguntando por el piso, o por el que vivía antes, o notas a alguien rondando el portal que no te encaje, me llames. A mí. Al número de la tarjeta.

Dejé las bolsas en el suelo. Aquello me sonó a demasiado.

—A ver si lo entiendo. Después de tirarme la puerta abajo por confundirme con una narcotraficante, ¿ahora me vienes con que la que está en peligro soy yo?

—No he dicho eso. He dicho que me llames si pasa algo raro. —Me miró serio—. La operación se cerró en falso. El que buscábamos

se fue con prisa, y la gente que se va así, después trae otro tipo de problemas. Probablemente no sea nada. Pero vives ahí ahora, y yo dormiría mejor sabiendo que, si algo te inquieta, coges el teléfono en vez de hacerte la valiente.

Me quedé sin réplica ingeniosa, que en mí es un acontecimiento. Porque una cosa era el pez gordo de la placa y otra este hombre en vaqueros, un domingo, diciéndome que dormiría mejor.

—Vale. Si viene el hombre del saco, te llamo. ¿Contento?

—Contento.

—Bueno. Pues gracias otra vez. Por la puerta, por el aviso y por prestarme a este cada vez que nos cruzamos.

—A este no te lo presto yo. Se presta solo. —Y por fin sonrió del todo, y le cambió la cara entera—. Desde que se quedó conmigo no le ha hecho caso a nadie que no sea yo. Y mira a quién ha ido a elegir.

—A la sospechosa.

—Exacto. A la sospechosa.

Nos quedamos otro segundo así, en la acera, con el perro entre los dos y una ración de tomates magullados, y por un momento pensé que la escena tenía un no sé qué que empezaba a gustarme.

Entonces, desde una ventana de un tercero, una voz que yo conocía muy bien rompió el momento.

—¡Candela, hija! ¿Ese es el de la puerta?

Doña Puri. Asomada, con los codos en el alféizar y una sonrisa de oreja a oreja.

—Buenas tardes, señora —dijo él, educadísimo.

—¡Buenas, buenas! ¡No os cortéis por mí, eh!

Y ahí se acabó lo que se daba. Alcázar tiró de la correa, Káiser se dejó arrastrar mirándome con reproche, y yo subí a mi casa con dos bolsas, tres tomates para el gazpacho y la sensación incómoda de que aquella tarde de domingo me había gustado más de lo que estaba dispuesta a admitir ni bajo tortura.

Doña Puri me esperaba en el rellano, cómo no.

—Ese hombre ha venido hasta tu portal. Dos veces en una semana. Que yo de esto sé.

—Ese hombre paseaba al perro, doña Puri.

—Sí, hija, sí. El perro. —Y se metió en su casa muy digna, dejándome con la palabra en la boca.

Y como al domingo le faltaba un remate, sonó el teléfono. Mi madre, los domingos a las diez, como un reloj suizo pero con acento de Triana.

—¿Estás comiendo bien? Te noto la voz rara.

—Sí. Estoy estupendamente, mamá.

—¿Sigues sola? ¿No has hecho amigos? Una chica joven no puede estar todo el día entre pucheros.

—He hecho una amiga. Vero, del trabajo. Y conozco gente.

—¿Gente? ¿Un chico?

—Un perro, mamá. Conozco un perro.

—Candela.

—Que es verdad. Un pastor alemán precioso.

Mi madre soltó ese suspiro suyo que lleva treinta años pronosticando mi soltería con la seguridad del parte meteorológico.

—Un perro. Mi hija en la capital y lo único que me cuenta es que ha conocido a un perro... —Bajó la voz por pura costumbre, aunque mi padre vivía en la otra punta de Sevilla desde que se divorciaron doce años atrás—. Mira, hija, tú sabrás. Pero a los perros los pasea alguien. Acuérdate de lo que te digo.

Me acordé, vaya si me acordé. Colgué, me senté en el sofá con un tomate en la mano como una manzana, y le di un mordisco pensando que mi madre, que no sabía absolutamente nada, acababa de dar en el clavo sin despeinarse. Es un don que tienen las madres, un don insoportable.

Fuera ya era de noche. En algún piso del patio, alguien freía pescado. Y yo, que llevaba semanas sintiéndome bastante sola en aquella ciudad, esa noche no lo estaba. Estaba, más bien, vigilada por partida triple: por una vecina en bata, por una madre a doscientos kilómetros y por un perro de cuarenta kilos que tiraba siempre para mi calle.

# CAPÍTULO 5



*El hombre del saco*

La cocina, cuando le coges el punto, es como el mar: un día te mece y otro te ahoga, y nunca sabes cuál te toca hasta que estás dentro.

Llevaba tres semanas en El Almirez y ya no era invisible del todo. Seguía en cuarto frío con Vero, seguía cortando más cebolla de la que corta una persona en toda su vida, pero el chef Robledo había dejado de mirarme como a una cosa que se va a romper. A su manera, que consistía en no decir nada, me había aceptado. Hasta que un jueves se lió.

El del caliente, un tal Cristóbal que llevaba en la casa desde antes que el horno, se cortó de verdad, de los de ir a que te cosan, justo cuando empezaban a entrar las comandas. Y Robledo, que en las emergencias no pierde un segundo en dramas, barrió la cocina con la mirada, me señaló con la punta de la puntilla y dijo dos palabras:

—Al caliente.

Vero abrió la boca. Yo también.

—Chef, yo nunca he…

—Al caliente. Vero te cubre el frío. Vamos.

Y ahí me estrené en la línea caliente de un restaurante de verdad, un jueves a tope, sin ensayo y con el corazón saliéndoseme por la garganta. Los primeros diez minutos fueron un desastre: se me pasó un punto de lomo, casi quemo una guarnición, se me juntaron tres platos y no sabía por cuál empezar. Notaba a Robledo detrás de mí sin mirar, sabiendo que estaba.

Y entonces me salió el oficio. El cuerpo se acordó antes que la cabeza de todo lo aprendido a fuerza de años y de prisas. Bajé los hombros, ordené el caos, empecé a cantar los tiempos como había visto hacer a Cristóbal, y a la media hora la línea caliente y yo habíamos hecho las paces. Sobreviví al servicio. No brillé, pero sobreviví, que el primer día en el caliente es casi lo mismo.

Cuando salió el último plato, Robledo pasó por detrás de mí, cogió una cuchara, probó el fondo que yo había mantenido vivo toda la noche y lo dejó donde estaba.

—No está mal —dijo.

Para Robledo, «no está mal» era prácticamente una declaración de amor. Vero, desde el frío, me hizo una peineta cariñosa que en su idioma quería decir «te odio, enhorabuena».

Salí a la una de la madrugada, muerta y feliz, con las manos oliendo a ajo y a laurel, y volví andando por mi callejón pensando en la cama. Y esa fue la noche en que el barrio dejó de ser solo un decorado.

Lo noté al llegar al portal. Había un hombre en la acera de enfrente. Parado, sin hacer nada, que es justo lo que lo hacía raro, porque a la una de la madrugada la gente que está parada sin hacer nada está haciendo algo. No fumaba, no miraba el móvil, no esperaba a nadie con esa impaciencia de los que esperan. Solo estaba, con las manos en los bolsillos de una cazadora oscura, mirando hacia los balcones. Hacia los míos, me pareció.

Metí la llave en el portal más rápido de lo normal. Cuando me giré, ya con la puerta abierta, el hombre se había puesto en marcha calle abajo, sin prisa, sin rastro de haber estado parado. No le vi la

cara. Le vi la espalda, y esa manera de andar de quien no quiere que se note que se va.

Subí las escaleras de dos en dos, me metí en casa y eché el pestillo nuevo, el bueno, el que cierra con ese ruido gordo y tranquilizador. Y me quedé apoyada en la puerta, riéndome de mí misma. Un tío parado en una acera. Menudo notición. La ciudad me estaba volviendo tan paranoica como doña Puri.

Casi me lo había creído cuando llamaron a la puerta. Di un bote que me despegó del suelo y miré por la mirilla con el corazón desbocado. Doña Puri, en bata, a la una y cuarto de la madrugada. Abrí.

—Hija, gracias a Dios que has llegado —susurró, metiendo medio cuerpo en mi casa—. Llevo esperándote todo este tiempo despierta, que no me quedaba tranquila. Esta tarde vino un hombre. Preguntando. Por el de antes. Por el que vivía en tu piso.

Se me fue de golpe toda la risa.

—¿Qué hombre?

—Uno que yo no había visto en mi vida. Llamó a mi puerta, muy educado, muy suave, y me preguntó si sabía dónde se había mudado el inquilino anterior del tercero B. Que era un amigo, dijo, que le debía dinero y había desaparecido sin dejar señas. —Me agarró del brazo—. Y yo, hija, que no soy tonta, le dije que de los vecinos no sé nada y le cerré la puerta. Pero me quedé con mal cuerpo, porque ese hombre no tenía cara de amigo de nadie.

Me acordé del de la acera. De la cazadora oscura. De los hombros.

—¿Cómo era? —pregunté, y la voz me salió más fina de lo que quería.

—Normal. Ni alto ni bajo y con una cazadora oscura. —Y por una vez no había cotilleo en sus ojos, había miedo—. Candela, ¿tú en qué lío te has metido con ese piso?

—En ninguno. —Y era verdad, lo cual me daba todavía más miedo—. Váyase a dormir, doña Puri. Y gracias. Eche bien la llave.

La acompañé a su puerta, esperé a oír sus tres vueltas de cerradura y volví a la mía. Me senté en el sofá y miré la casa, mi casa, con la sardina torcida en la pared. Una parte de mí, la

orgullosa, la que no pide ayuda ni para bajar una maleta, estuvo tentada de hacerse la valiente y no molestar a nadie.

Pero había un hombre que me había dicho, un domingo, con vaqueros y sin placa, que dormiría mejor si yo cogía el teléfono en vez de tragármelo todo. Cogí la tarjeta. La una y media. Una hora horrible para llamar a nadie. Le escribí, que es la cobardía de nuestra época.

«Hola. Soy Candela. Perdona la hora. Igual no es nada, pero ha venido un hombre preguntando por el inquilino de antes, y creo que había alguien en mi acera al llegar. Me dijiste que te avisara. Ya está avisado. Mañana lo hablamos si eso.»

Le di a enviar antes de arrepentirme. Cuando volví de lavarme la cara, la pantalla estaba encendida. No era un mensaje, era una llamada. Él.

—¿Estás en casa? ¿Con la puerta cerrada? —Ni hola.

—Sí. Y con el pestillo. Oye, que era solo para avisar, no hacía falta que…

—¿Le has visto la cara al de la acera?

—No. Solo la espalda. Pero mi vecina dice que habló con él.

—Bien. No abras a nadie que no sea yo. Estoy ahí en diez minutos.

—Alcázar, es la una y media, no hace falta que…

—Nueve minutos. —Y colgó.

Me quedé con el móvil en la mano, en mitad de mi salón, oliendo a ajo, con el corazón haciendo cosas que no le había pedido. Y lo peor de todo, lo verdaderamente imperdonable, fue darme cuenta de que, por debajo del susto, había otra cosa completamente distinta abriéndose paso. Alivio. Y algo peor que el alivio.

Abajo, en la calle, un coche frenó. Uno de esos frenazos secos de quien aparca fatal a propósito porque no piensa quedarse. Me asomé con dos dedos de visillo y vi un coche oscuro sin rótulos, y a un hombre grande bajarse y sacar del asiento de atrás a un perro que reconocería en la otra punta del mundo. Ocho minutos. Había dicho nueve y había tardado ocho.

Bajé a abrirle el portal antes de que llamara, porque no quería que despertara a medio edificio y porque bajar era mejor que

quedarme arriba pensando. Cuando abrí, Káiser embistió primero, todo lametones y vueltas, y detrás llegó él.

Y aquí, para que se me entienda, hay que aclarar una cosa. El Alcázar del chaleco imponía. El de los vaqueros del domingo desarmaba. Pero el de la una y media de la madrugada, con un pantalón de chándal, una sudadera del revés y el pelo de haberse levantado de la cama de un salto para venir a ver si a mí me pasaba algo, ese ya era jugar sucio.

—¿Estás bien? —Me miró de arriba abajo, rápido, comprobando que no faltaba ninguna pieza.

—Estoy bien. Huelo a ajo, pero estoy bien.

—¿Por dónde se fue el de la cazadora?

Le señalé calle abajo. Me pasó la correa de Káiser a la mano, con toda la naturalidad del mundo, y se fue andando hasta la esquina, mirándolo todo de esa manera que tienen los que miran para trabajar y no para pasear. Volvió con las manos en los bolsillos y esa cara suya de no dar nada por sentado.

—No hay nadie. Ya se fue. Cuéntame otra vez lo de tu vecina. Exactamente qué le preguntó ese hombre.

Se lo conté. Que había venido por la tarde, muy suave, preguntando por el inquilino anterior, con el cuento del amigo que le debía dinero y había desaparecido.

—Eso es mentira —dijo cuando terminé—. Nadie busca así a un amigo. —Se quedó pensando un momento, con el perro sentado entre los dos—. Buscan algo. O a alguien. Y por lo que sea creen que en ese piso hay respuestas.

—¿En mi casa?

—En el piso. En el edificio. No lo sé. —Y me miró de frente, y esta vez la palabra «procedimiento» no apareció por ningún lado—. No quiero asustarte. Pero tampoco te voy a mentir para que duermas mejor.

Se lo agradecí. Que no me tratara como a una tonta a la que hay que acunar. En Sevilla dejé a más de uno por menos.

—¿Y qué hago?

—Nada raro. Vivir. Echar la llave. —Sacó el móvil y tecleó algo—. Voy a pedir que un coche pase por tu calle un par de veces por

noche esta semana, sin alboroto. Y tú, cualquier cosa, a cualquier hora, me llamas. No me escribes con eso de «mañana lo hablamos si eso». Me llamas.

—Vale.

—Dilo en serio.

—Lo digo en serio. —Y lo decía.

Nos quedamos un momento así, en el portal, a la una y tres cuartos de la madrugada, con un perro de por medio y una distancia entre los dos que se había vuelto, de repente, muy consciente de sí misma.

—Bueno. Káiser, vámonos. —Se aclaró la garganta.

Le devolví la correa, y nuestras manos se rozaron en el traspaso, lo justo, lo tonto, y los dos hicimos como que no.

—Gracias por venir. En chándal y todo.

—La sudadera la llevo del revés, ¿verdad?

—Del revés y con la etiqueta fuera. Pero no quería decírtelo.

Se miró, resopló una risa por la nariz, y se fue hacia el coche tirando de un Káiser que se dejaba arrastrar mirándome con ojos de abandono en la cuneta. Antes de subir, se giró.

—Echa el pestillo.

—Ya voy.

—Ahora. Que te oiga.

Subí y eché el pestillo con las tres vueltas, bien fuerte, para que se oyera desde la calle. Desde la ventana lo vi meter al perro en el coche, levantar la vista hacia mi balcón, comprobar que la luz seguía encendida, y solo entonces arrancar. Me quedé un rato detrás del visillo, con una sonrisa que no venía a cuento y un miedo que sí venía, los dos peleándose por el mismo sitio del pecho.

—Ni se te ocurra —le dije a mi reflejo en la ventana. Y no me hice ni caso.

# CAPÍTULO 6



## *Puchero para dos*

Yo, cuando algo me supera, cocino. Mi madre reza, mi hermana se compra zapatos, y yo pico cebolla hasta que el problema encoge.

Aquella semana me superó bastante, y lo peor era que no pasaba nada. Del hombre de la cazadora no volví a saber. El coche que Alcázar había prometido cumplía, y alguna noche, al volver del trabajo, lo veía pasar despacio por mi calle y perderse al final. Saber que había un motivo para que pasara no me tranquilizaba lo más mínimo.

El sábado libraba. Bajé al mercado y me traje media pescadería: una cabeza de merluza, unas galeras, tomate, lo que me pedían los ojos. Puse un caldo a fuego lento, con su sofrito y su paciencia, y de ahí saqué un guiso de rape con patatas que olía a domingo de mi abuela. Cociné toda la mañana con la radio puesta y las ventanas abiertas. Mientras cocino no le tengo miedo a nada.

El problema fue que cociné para ocho. Yo era una.

Estaba mirando la olla, resignada a comer rape hasta el jueves, cuando sonó el telefonillo.

—¿Sí?

—Candela, soy Alcázar. Pasaba por la zona, la ronda. ¿Todo bien?

—Sube.

—No, si solo era para…

—Que subas. Tengo rape para un regimiento. Tercero B, ya sabes el camino, que la puerta la pusiste tú.

Colgué antes de darle tiempo a decir que no, porque a los hombres como Alcázar hay que pillarles desprevenidos.

Subió con Káiser. Y con público, porque en el descansillo se abrió la puerta de doña Puri, que tiene un radar de aeropuerto, con la excusa de bajar una basura que no existía.

—Ah, es usted —le dijo a Alcázar, encantada—. El de la puerta.

—Buenas tardes, señora.

—Buenas, buenas. Yo no molesto, ¿eh? —Y se quedó en el umbral, molestando, hasta que le di las gracias y le cerré la puerta con mucha suavidad.

Alcázar entró en mi casa con incomodidad. Miró las cajas a medio deshacer y no encontró dónde ponerse. Le señalé la única silla decente.

—Siéntate. ¿Vino o cerveza?

—Estoy de servicio.

—Entonces agua. Aunque estar de ronda por mi calle un sábado por la tarde sigue significando que no tienes un plan mejor.

Le puse un vaso de agua delante y lo aceptó.

Mientras yo emplataba, Káiser hizo su ronda. Olió las cajas, olió el sofá y acabó plantado delante de la sardina, esa lámina fea que me regaló mi hermana y que colgué el primer día. Se sentó debajo y se quedó mirándola con la cabeza ladeada, muy serio.

—¿Ves? Hasta el perro tiene criterio —dije—. A él tampoco le gusta.

Alcázar miró el cuadro, miró al perro y no dijo nada. Llamé a Káiser, que vino a regañadientes, sin quitarle ojo a la sardina, y se dejó caer a mis pies.

Le puse a Alcázar el plato delante. Rape con patatas, caldo hasta el borde y pan del bueno. Lo probó. Cerró los ojos medio segundo y soltó el aire por la nariz. Para una cocinera, esa cara es un aplauso.

—Está muy bueno.

—Ya lo sé. Pero gracias.

Comió despacio y sin dejar nada. Rebañó. Los hombres que rebañan me caen bien de entrada, es superior a mí.

—¿Siempre comes tan rápido? —le pregunté.

—Cuando como de verdad, sí. En esto se come cuando se puede. La mayoría de los días son bocadillos en el coche y café de máquina.

—Qué desastre. Con lo fácil que es cocinar.

—Fácil para ti. Yo pongo un arroz y evacúan el edificio.

Me reí. Costaba imaginármelo peleado con una olla y perdiendo la guerra.

—¿Y qué hace una sevillana tan lejos de su tierra? —preguntó.

—Cocinar, que es lo que hago en todas partes. —Le serví un poco más de caldo sin preguntar—. ¿Y tú? No hablas como de aquí.

—Del norte. De un pueblo pequeño. Vine por trabajo y me quedé.

—¿Y lo echas de menos?

—A veces… Pero con este rape ya menos.

Lo dijo sin mirarme, muy concentrado en el pan, y yo hice como que no lo había oído, porque no habría sabido qué contestar.

—¿Vives solo? —le pregunté, para cambiar de sitio la conversación.

—Con este. —Señaló a Káiser con la barbilla—. Y sobra la mitad de la casa.

—¿Y cómo acabaste con un perro tan loco?

Dejó el tenedor. Se limpió despacio y cuando pensé que no me iba a contestar, habló:

—Káiser no siempre ha sido mío —dijo—. Era de mi compañero. Iñaki. Estuvimos ocho años trabajando juntos. —Bebió un poco de agua—. Hace tres años, en una entrada, la información que nos dieron no era buena. Iñaki iba delante. Yo detrás...

No dijo más. No hacía falta.

—Lo siento —dije. Y me callé, porque cualquier cosa que añadiera habría sobrado.

—El perro se quedó sin guía y medio ido. Yo había sido guía canino antes de pasar a la brigada, así que pedí que me lo asignaran. Tardamos meses en conseguir que volviera a trabajar. —Miró a Káiser, panza arriba en mitad de mi salón—. Desde entonces vamos juntos a todas partes. Es mi compañero de batallas, y de trabajo.

Me levanté a por un pan que nadie había pedido, por tener las manos ocupadas. Ahí entendí muchas cosas que no me había parado a pensar. Por qué un hombre que sale en el telediario se implica tanto… No se lo dije.

Káiser eligió ese momento para levantarse, apoyar las dos patas en la mesa y llevarse de un lametón el último trozo de rape del plato que me quedaba.

—¡Káiser! —Alcázar se echó para atrás.

Y con eso se deshizo lo que se estaba formando entre los dos, que a lo mejor era lo que hacía falta. Nos reímos y recogí los platos antes de que se me ocurriera otra cosa.

Le llené dos táperes para la semana y me dejó hacerlo, que en un hombre así es como rendirse. En la puerta, con la bolsa en una mano y el perro tirando ya hacia cualquier parte, se paró.

—Gracias por la cena. Hacía tiempo…

—A ti por la compañía.

—Candela. —Se puso serio, de otra manera—. Lo del hombre de la cazadora sigue ahí. Que hayamos cenado tranquilamente no lo cambia. Ten los ojos abiertos, ¿de acuerdo?

—Lo sé.

Bajó las escaleras. Cerré, eché el pestillo y me asomé al visillo por costumbre. Lo vi cruzar hacia el coche. Y al final de la acera, medio metido en un portal oscuro, había un hombre con cazadora. Se apartó en cuanto Alcázar levantó la cabeza y dobló la esquina antes de que me diera tiempo a coger aire para llamarlo.

Alcázar no lo vio. Estaba metiendo al perro en el coche.

Me quedé con la mano en el visillo. No estaba segura de habérmelo imaginado. Pero el miedo, que se había ido toda la tarde

de paseo, volvió a sentarse a mi lado.

# CAPÍTULO 7



*Por seguridad*

Marqué antes de pensarlo.

—Candela. —Descolgó al primer tono, con el móvil ya en la mano—. ¿Qué pasa?

—Estaba en el portal de enfrente, cuando te ibas. El de la cazadora. Se metió en cuanto levantaste la cabeza y se fue por la esquina. No sé si me lo he inventado.

—No te lo has inventado. —Le oí ponerse de pie—. No abras. No te asomes. Dame cinco minutos.

No fueron cinco. Fue el coche patrulla, que estaba a dos calles, el que dio la vuelta a la manzana con las luces apagadas mientras yo miraba desde el visillo, quieta, sin encender la luz. Peinaron la calle, los portales, la boca del metro, los coches aparcados. Nada. El hombre se había esfumado.

Alcázar volvió a subir. En diez minutos había pasado de despedirse en mi escalera a estar otra vez en mi salón, y esta vez no traía cara de vecino que viene a cenar. Traía la otra. La del chaleco,

aunque llevara la sudadera del revés y una miga de mi pan en la barba que no le avisé que tenía, por pura maldad.

—Lo tenía a treinta metros y no lo vi —dijo, y no era una pregunta, era un reproche que se hacía a sí mismo—. Estaba yo aquí, precisamente, y no lo vi.

—Estabas cenando... A cualquiera se le escapa un narco por un buen rape.

No le hizo gracia. A mí tampoco, del todo, pero cuando me pongo nerviosa hago chistes, es una tara de familia. Mi madre en los funerales es un peligro.

—Candela, escúchame. —Se puso delante de mí, muy serio—. Esto ya no es «probablemente no es nada». Ese hombre ha venido, ha preguntado, ha esperado, y ahora sabe que la casa está ocupada. Voy a poner vigilancia de verdad. Y mientras dure, no vuelves sola de noche. Si sales tarde, me avisas y alguien te acompaña.

—Yo salgo a la una, a las dos…

—Me da igual la hora.

—No puedo tener a la Policía Nacional haciéndome de taxi cada noche.

—No a la Policía Nacional. —Lo dijo mirando al suelo, y ya no quedaba nada de operativo en su voz—. A mí.

Y ahí me callé. Que ya es raro.

Durante las dos semanas siguientes, Alcázar descubrió una palabra que le servía para todo: seguridad. Todo lo hacía «por seguridad». Aparecer con Káiser a la puerta de El Almirez a la hora de mi salida, apoyado en el coche con cara de pasar por allí de casualidad a la una de la madrugada, era «por seguridad». Acompañarme las cuatro calles hasta el portal, con el perro trotando feliz entre los dos, era «por seguridad». Subir a comprobar que todo estaba en orden y quedarse diez minutos, veinte, media hora, era, cómo no, «por seguridad».

Yo le seguía el juego, porque también me convenía. Una noche hasta le lavé la sudadera del revés, la puse a secar en el radiador, y él se quedó en camiseta en mi salón fingiendo que aquello también era un asunto de seguridad nacional.

Nos escondíamos los dos detrás de la palabra seguridad, y no engañábamos a nadie. Ni a nosotros.

Káiser, mientras tanto, había tomado una decisión ejecutiva sobre su vida: mi salón era suyo. Tenía su rincón entre el sofá y la ventana, su cuenco de agua que apareció un día sin que nadie lo comprara, y una manía nueva de sentarse debajo de la sardina de mi hermana a vigilarla, no fuera a escaparse el pescado. Yo le decía a Alcázar que ese perro estaba fatal de la cabeza. Y Alcázar me decía que el perro sabía perfectamente lo que hacía.

El barrio lo veía todo. El barrio y doña Puri, que para el caso son lo mismo.

—Ese hombre te acompaña a casa todas las noches —me dijo una mañana en el rellano, con el dedo en alto.

—Es por seguridad, doña Puri.

—Anda, anda. En mis tiempos a eso se le llamaba cortejar. Pero llámalo tú seguridad, hija, que yo ya me entiendo.

Y se metió en su casa dejándome con la última palabra en la boca, como siempre.

Lo que no vi venir fue que la palabra seguridad acabara entrando en El Almirez. Fue un jueves, servicio de mediodía, la cocina a tope, yo en el caliente, que ya era mi sitio fijo. Cristóbal había estado dos semanas de baja y, cuando volvió, Robledo lo pasó a producción y me dejó en su puesto. También me cambió el horario: dejé las mañanas de cuarto frío y pasé a cubrir los servicios de mediodía y noche. En mitad del fragor, Vero, que había salido a llevar un plato a sala, volvió con una cara rara y se me pegó al oído.

—Chica. Hay un tío en la mesa siete que no le quita ojo a la puerta de la cocina. Grande. Serio. Con pinta de poli a kilómetros.

Se me cayó el alma a los fogones. Me asomé por el ventanuco del pase, y ahí estaba. Alcázar. En una mesa para dos, de paisano, con un menú en la mano que no estaba leyendo, fingiendo fatal que era un cliente normal. Había venido a comer a mi restaurante. El pez gordo que sale en el telediario, a comerse mi comida. «Por seguridad», me dije, y casi se me escapa la risa en mitad del servicio.

—Ese es el mío —le dije a Vero.

—¿Ese? ¿Ese es «el perro»? —Porque a Vero, hasta entonces, solo le había hablado de un perro. Era mi manera de no hablar de lo otro—. Candela, hija de mi vida, eso no es un perro. Eso es un señor como un armario. Me has estado mintiendo semanas.

—No te he mentido. Hay un perro. Lo que pasa es que viene con contexto.

Robledo, que se entera de todo, cantó un plato para la siete sin levantar la vista de la plancha.

—La siete va con prisa. Y con hambre. Trátalo bien, que mira mucho.

Vero, a mi lado, me clavó el codo en las costillas con una sutileza de tractor.

Me puse roja hasta la cofia, y decidí que, ya que el hombre había tenido la cara de plantarse en mi terreno, iba a jugar en mi terreno. Que en la cocina la que manda soy yo, no la placa. No le mandé lo que había pedido. Le mandé lo que yo quería que probara, un plato mío que había peleado con Robledo para meter en la carta. Lo emplaté con un cuidado que no le pongo ni a los críticos, y le escondí debajo del borde del plato, donde solo lo viera él, un papelito de la libreta de comandas con dos palabras: «Por seguridad.»

Vero se lo llevó. Lo vi leer la nota, y vi a aquel hombre de metro noventa, terror de los narcos del sur, ponerse rojo en una mesa para dos delante de todo el comedor. Levantó la vista hacia el ventanuco, pero yo ya me había escondido. Me asomé lo justo para verlo sonreír a su plato, esa sonrisa entera que guardaba a cal y canto, y rebañar hasta el último trazo de salsa, igual que había rebañado el rape.

—Estás perdida —me susurró Vero al volver—. Perdidísima. Y él más.

No se lo discutí. Y eso, en mí, que discuto hasta con las señales de tráfico, es prácticamente una confesión firmada.

Alcázar pagó y dejó propina, pero antes de salir le dijo algo a Vero, y Vero vino a darme el recado con voz de locutora:

—Que dice el señor que la cena la paga él. Esta noche. Que pasa a por ti a la salida. —Hizo una pausa, disfrutándolo—. Por seguridad.

Y toda la cocina, hasta Robledo, hasta el friegaplatos, soltó una carcajada que se oyó en la mesa siete, que ya estaba vacía.

Pasó a por mí a la salida, como había prometido. Sin coche esta vez. A pie, con Káiser, con una camisa en vez de la sudadera del revés, recién duchado y oliendo a limpio. Lo primero que pensé fue que se había cambiado. Lo segundo, que ojalá no se me notara que me había fijado.

—No me lleves a ningún sitio caro —le advertí—. Que vengo de estar diez horas viendo comer a otros y lo único que quiero es una cerveza y sentarme donde no me griten «oído».

Me llevó a un bar de barra de zinc y gambas al ajillo, sin manteles, del montón, que era exactamente lo que yo necesitaba. Nos sentamos en una mesa de la esquina, Káiser debajo hecho una alfombra, y hablamos. De Sevilla y de su pueblo del norte, de por qué yo cocino y de por qué él persigue a gente mala. Nada personal. Nada que no se pudiera contar en voz alta en aquella barra.

Y estuvo bien. Estuvo demasiado bien, y eso fue lo que me puso en guardia. Porque una cosa era que me acompañara a casa por un narco, y otra estar riéndome con él a la una de la madrugada delante de una ración de gambas, sin ningún narco a la vista, pasándomelo mejor que en mucho tiempo. Así que hice lo que hago cuando algo se me empieza a ir de las manos: le puse un muro.

—Oye, que quede clara una cosa —dije, señalándolo con una gamba—. Esto es una cena de agradecimiento y la voy a pagar yo. Por lo de la puerta, lo del coche y lo de hacerme de guardaespaldas. Nada más. Que no se te suba.

Levantó las manos, muy serio.

—Ni se me ocurre.

—Bien.

—Es estrictamente profesional.

—Exacto.

—Una cena de trabajo.

—Ahora te estás pasando —dije, y él soltó una carcajada, y yo tuve que mirar la gamba con mucho interés para que no se me notara nada.

Me acompañó a casa. En el portal nos dimos las buenas noches como dos personas normales, sin ninguna tontería, y se lo agradecí, porque si aquella noche hubiera pasado cualquier otra cosa no habría sabido qué hacer con ella. Me apartó un mechón de la cara, eso sí lo hizo, y yo hice como que no había pasado. Me dijo «echa el pestillo, que te oiga», y esperó en la calle a oír mis tres vueltas de cerradura antes de irse.

Subí, y no floté. Que quede claro. No floté. Bueno. Un poco.

Me asomé al visillo, por costumbre ya, a verlo cruzar la calle con el perro. Y la calle estaba vacía. Del hombre de la cazadora, ni rastro. Por una vez, el miedo me había dado la noche libre.

Me dormí pensando que aquella ciudad, que hacía mes y medio no era más que un piso barato en una calle cualquiera, se había convertido en un sitio donde alguien me esperaba a la salida.

# CAPÍTULO 8



*Quien mucho abarca*

Hay una teoría que dice que la felicidad no avisa, que llega de puntillas y se va dando un portazo. En mi caso, y para ser justos, la desgracia también entró por la puerta, aunque a mí me pilló en el trabajo, que es donde me pilla todo.

Habían pasado dos semanas desde la cena de las gambas y del muro que le puse a Alcázar, un muro que, todo hay que decirlo, tenía las mismas goteras que el techo de mi tío. Seguíamos con lo de la seguridad. Él aparecía, me acompañaba, subía a comprobar cerraduras que no lo necesitaban. Yo le daba de cenar y le juraba que aquello no significaba nada. Y Káiser, mientras tanto, se había adjudicado un sitio fijo en mi salón, entre el sofá y la sardina, desde donde vigilaba el cuadro con la misma desconfianza de siempre.

—Otra vez con la sardina —le dije una noche, mientras recogía —. Chico, hay cuadros peores en esta casa y a ti te obsesiona el único que me hace ilusión.

Káiser ladeó la cabeza y soltó uno de esos gruñidos suyos de conversación. Alcázar, desde el sofá, lo miró un segundo de más y luego siguió a lo suyo. No le di importancia. Con aquel perro nunca se sabía si defendía a la patria o le tenía manía a una lámina de veinte euros.

El caso es que empezaba a acostumbrarme. Y acostumbrarse, cuando una lleva la vida que llevo yo, es el primer síntoma de que algo va a torcerse.

Se torció un martes.

Aquella tarde entré a trabajar como siempre, dejé el móvil en la taquilla como siempre, y me metí en el servicio, que fue de los de sudar la camiseta. Salí a las once y pico, molida, y al encender el teléfono me encontré con la pantalla llena: cuatro llamadas perdidas y un mensaje de doña Puri, y dos llamadas más de Alcázar.

El mensaje de doña Puri decía así, con sus mayúsculas y su alma: «HIJA LLAMA. HA VUELTO EL DE LA CAZADORA. ESTA VEZ HA SUBIDO.»

Se me quitó el hambre de golpe.

Llamé a Alcázar antes de salir de la taquilla, sin ponerme siquiera la chaqueta. Descolgó al primer tono.

—¿Dónde estás? —Ni hola. Otra vez.

—En el restaurante. Acabo de salir. Tengo cuatro perdidas de mi vecina, dice que ha subido, ¿qué ha pasado?

—Estoy en tu portal. No vengas andando. Espérame en la puerta del Almirez, que voy a por ti. No cuelgues.

—Alcázar, me estás asustando.

—Pues quédate asustada un rato, pero no te muevas de ahí. Voy para allá. Dos minutos.

No colgó, y yo tampoco. Le oí bajar unas escaleras, abrir la puerta de un coche, arrancar. Le oí respirar. Y hasta que no vi los faros doblar la esquina del callejón no me di cuenta de que yo también llevaba un rato sin respirar bien.

Se bajó del coche sin apagarlo. Káiser venía en el asiento de atrás, con el morro pegado al cristal, y por una vez no ladró ni hizo la fiesta. Los perros saben cuándo no toca.

—¿Estás bien? —Me puso las manos en los hombros y me miró la cara buscando algo.

—Estoy bien, que no me ha pasado nada, que estaba aquí. La que ha estado sola en el edificio es doña Puri.

Algo le cambió en la mandíbula.

—Sube al coche.

Por el camino me lo contó a trozos, con la vista en la carretera y las dos manos en el volante, muy quietas. Doña Puri lo había visto entrar en el portal detrás de un repartidor, sin llamar a ningún timbre. Lo había oído subir hasta mi rellano. Lo había oído pararse en mi puerta un rato largo, un rato que ella midió desde la mirilla con el corazón en la boca. Y luego lo había oído bajar y marcharse, sin forzar nada, sin dejar nada. Solo comprobando una dirección.

—No ha entrado —dije, más para mí que para él.

—No. Esta vez no. —Frenó en un semáforo y me miró—. Candela, esto ya no es un tío parado en una acera. Esto es alguien tomándose su tiempo. Estudiando la casa. Y la gente que estudia así una casa no lo hace por gusto.

—Ya me lo dijiste. Que buscan algo.

—Y creen que está en tu piso. —Arrancó otra vez—. Voy a hacer dos cosas. La primera, esta noche no duermes ahí.

Abrí la boca para protestar, por costumbre, porque yo protesto hasta cuando me dan la razón. Pero me acordé de la puerta volando a las dos de la mañana, y de la mirilla, y de doña Puri sola contando los segundos, y la cerré.

—¿Y la segunda cosa?

—La segunda te la digo mañana. Que una desgracia por noche es suficiente.

Paramos delante de mi portal para recoger a doña Puri, que había esperado dentro de su casa con Molina desde que Alcázar salió a buscarme. Alcázar subió con Káiser a por ella mientras yo esperaba en el coche con el motor encendido y las puertas cerradas.

Bajaron los tres al cabo de diez minutos. Doña Puri traía una bolsa de viaje de cuando Franco, el bolso apretado contra el pecho y una dignidad de reina destronada. Se sentó a mi lado en el asiento

de atrás, muy tiesa, y tardó exactamente cuatro segundos en volver a ser doña Puri.

—Yo lo dije —murmuró—. Desde febrero lo vengo diciendo.

—Lo dijo usted, doña Puri. Tenía razón en todo.

—Pues claro que tenía razón. —Se ablandó un pelín—. Aunque me alegro de equivocarme contigo, hija. Yo te tenía por una golfa y mira, resulta que eres una víctima.

—Muchas gracias.

—De nada.

Alcázar, al volante, hizo un ruido raro que tardé en identificar como una risa que se estaba tragando. Y aquello, no sé por qué, con el miedo todavía metido en el cuerpo, fue lo que me hizo sentir, después de toda la tarde, que a lo mejor no estaba tan sola en aquel lío.

Nos llevó a su casa. A esas horas no había ningún alojamiento seguro preparado y no pensaba separarnos hasta saber qué estaba pasando. Era un piso de hombre solo y ordenado, con pocas cosas y todas en su sitio, que olía a café y a perro. Le dio su cama a doña Puri, que protestó lo justo para quedar bien y aceptó enseguida. A mí me tocó el sofá. A él, un colchón en el suelo del salón, al lado del mío, con Káiser haciendo de frontera entre los dos, tumbado cuan largo era y roncando como un camionero.

Nos quedamos un rato despiertos, en la oscuridad, cada uno en su sitio, con el perro en medio.

—Oye —dije, bajito, para no despertar a doña Puri—. Gracias. Por todo esto.

—Es mi trabajo.

—Ya. Claro. Tu trabajo. —Sonreí en la oscuridad, donde no se veía—. ¿Y sacar el colchón bueno para la denunciante y quedarte tú en el suelo también es procedimiento?

Tardó en contestar.

—Duérmete, Candela.

Y me dormí. Con un narco buscándome la casa, en el salón de un hombre al que me había prometido no querer, con un perro roncando de frontera y una vecina en la habitación de al lado. Me dormí como no dormía en semanas.

Ese era, otra vez, exactamente el problema.

# CAPÍTULO 9



## *La segunda cosa*

Me desperté en el sofá de Alcázar sin saber, durante tres segundos larguísimos, dónde estaba. Olía a café. Alguien había puesto la cafetera, y ese alguien no era doña Puri, porque a doña Puri la oía en la cocina discutiendo sobre la conveniencia de darle jamón a Káiser.

—Que no, que a los perros no se les da embutido —decía ella.

Káiser contestaba con un gemido diplomático y lloriqueaba.

Me incorporé con el pelo hecho un desastre y la marca del cojín en la cara. El colchón del suelo, a mi lado, estaba recogido y doblado contra la pared. Alcázar ya andaba vestido, duchado, con una camiseta limpia y esa cara de hombre que lleva despierto desde una hora que yo no pienso conocer voluntariamente.

—Buenos días —dijo, y me puso un café delante—. Con leche y sin azúcar. ¿Me equivoco?

No se equivocaba.

—¿Y la segunda cosa? —pregunté, porque la noche anterior me había prometido una segunda cosa y yo esas cosas no las olvido.

Se sentó enfrente, con su propio café, y por la forma en que lo hizo supe que la segunda cosa era gorda.

—Anoche estuve haciendo llamadas —dijo—. Del piso, del casero, del inquilino de antes. Y hay cosas que no encajan.

—Ilústrame.

—El casero es el propietario de verdad. Cardenal llevaba meses sin pagar y, cuando encontró el piso vacío, volvió a alquilarlo a toda prisa para dejar de perder dinero. No tiene antecedentes ni relación conocida con la banda. Es un chapucero, no un cómplice. El inquilino que vivía en tu casa se llamaba, o se hacía llamar, Ismael Cardenal. Un nombre que en mi mundo conocemos. No era el jefe de nada, pero sí es la clase de tío al que le dejan cosas a cargo. —Le dio una vuelta a la taza sin beber—. Hace dos meses, justo antes de que tú te mudaras, hubo una redada en un almacén a las afueras. Cayó bastante gente y bastante mercancía. Pero faltaban dos millones de euros. Y faltaba Cardenal.

Yo tenía el café a medio camino de la boca y ahí se quedó.

—Deja que lo adivine. Cardenal vivía en mi piso.

—Cardenal vivía en tu piso. Y desapareció de un día para otro, sin avisar al casero y dejando el contrato y varias facturas pendientes, justo cuando sus cosas se complicaban. —Me miró—. La gente que huye con esas prisas no huye con maletas. Huye con lo puesto. Y a veces deja atrás lo que no puede llevarse encima.

—¿Dinero?

—Puede. No lo sé. Nadie lo sabe, y por eso hay alguien dándose paseos por tu rellano. —Se pasó la mano por la nuca—. Cardenal debe una fortuna a gente que no perdona. Si ese dinero desapareció con él, lo buscan a él. Pero si ese dinero no salió de la casa…

No terminó la frase. No hacía falta que la terminara. La terminé yo, solita, en mi cabeza, y no me gustó nada cómo sonaba.

—Entonces lo que buscan está en mi casa —dije—. Y yo llevo dos meses durmiendo encima.

—Puede que no haya nada. Puede que Cardenal se lo llevara y esto sean fantasmas. Los registros no encontraron nada, y mis

hombres buscaban bien. —Se quedó pensando—. Pero si yo fuera el que le dejó ese dinero a Cardenal para que lo guardara, y Cardenal hubiera volado, yo también querría echar un vistazo a esa casa. Por si acaso.

—¿Y ahora qué? —pregunté.

—Ahora, lo que te dije. La segunda cosa. —Dejó la taza—. Voy a poner tu casa bajo vigilancia de verdad. No un coche que pasa. Vigilancia. Y voy a pedir autorización para volver a registrarla, esta vez buscando lo que hay que buscar, no lo que buscábamos la primera noche.

—O sea, que me vais a volver a poner la casa patas arriba.

—Con más educación esta vez. Y sin tirarte la puerta. —Casi le sale una sonrisa, y la sujetó a tiempo—. Te lo debo.

Doña Puri, que había seguido toda la conversación desde el sillón con las tostadas en el regazo y una atención de documental, levantó por fin la voz.

—A ver si lo he entendido. —Dejó el plato—. Que la niña ha estado viviendo dos meses encima de un dineral de la droga sin saberlo. Que hay un asesino dándose garbeos por mi rellano. Y que ustedes, la policía, se pasearon por esa casa una noche entera con perro y todo y no encontraron nada.

—Más o menos, señora.

Doña Puri se recostó en el sillón, cerró los ojos un momento y meneó la cabeza con la solemnidad de quien ha visto muchas cosas y todas malas.

—Este país —dijo— no lo arregla ni Dios.

Como no íbamos a arreglar nada con un café en el estómago, Alcázar nos llevó a las dos a desayunar de verdad a una cafetería. Doña Puri pidió churros para las dos sin consultarme, decidió que Alcázar le caía bien, y de camino a la mesa me agarró del brazo y me dijo al oído, con esa delicadeza suya de apisonadora:

—A ese te lo tienes que quedar, hija.

No le contesté. Pero miré a Alcázar, que en ese momento se agachaba a quitarle a Káiser un azucarillo robado de una mesa vacía, riñéndole en voz baja como a un niño, y pensé que doña Puri,

que llevaba razón desde febrero, a lo mejor la llevaba también en esto.

# CAPÍTULO 10



*Registro con educación*

El segundo registro de mi casa fue mucho más civilizado que el primero, aunque solo fuera porque esta vez llamaron a la puerta en lugar de arrancarla. Yo ni siquiera vivía allí esos días. Desde la noche en que el de la cazadora subió hasta mi rellano, dormía en el sofá de Alcázar, con doña Puri en la cama buena y Káiser de frontera roncando en el suelo, así que el registro me lo perdí casi entero y me lo fueron contando a plazos, que es como me entero yo últimamente de todo lo que pasa en mi propia vida.

Me acerqué al mediodía, en el hueco de dos horas que me dejaba el restaurante entre el turno de comidas y el de cenas, con más curiosidad que sueño, y mira que tenía sueño. Cuando llegué ya estaban dentro. En las puertas del coche habían colocado el logotipo magnético de una empresa de humedades y los agentes habían subido cajas de herramientas. Desde la calle parecía una reparación, no un registro.

Me encontré la puerta de mi piso abierta de par en par, un coche camuflado en doble fila con un agente que me saludó por el nombre —porque a esas alturas los agentes que vigilaban mi calle ya sabían quién era yo— y a doña Puri asomada desde su puerta. Alcázar la había mandado dentro en cuanto la vio, pero ella volvía a sacar la cabeza cada vez que oía un ruido. Me recibió con el parte completo antes de que me diera tiempo a subir el último escalón.

—Han venido cuatro, hija, más el tuyo y el perro. Con monos de trabajo y una máquina de ver a través de las paredes, de esas que salen en las películas americanas. Llevan ahí desde las diez. Y no han encontrado nada, porque yo lo habría oído.

No iba desencaminada con lo de la máquina. Era un detector de esos que golpean el tabique y escuchan lo que hay detrás. Lo vi en cuanto entré, en mitad de mi salón, pasando de una pared a otra en manos de un agente joven, mientras los demás levantaban rodapiés y miraban detrás de los muebles con una delicadeza que la primera noche había brillado por su ausencia. Uno había vuelto a apilar mis cajas en su sitio. Otro, al pasar, me pidió permiso para mover el sofá, «si no le importa, señorita», y estuve a punto de recordarle que la última vez no me habían pedido permiso ni para entrar, pero me lo callé, que una va aprendiendo a elegir sus batallas.

Y ahí, viendo aquel aparato cruzar mi salón, me acordé de algo.

Yo tenía una información que ellos no. Sabía lo del cuadrado raro del gotelé, lo del clavo que se me hundió en el vacío el primer día, lo del dedo que rozó algo liso al fondo del hueco. Lo sabía desde la primera noche en el piso, y llevaba semanas quitándole importancia. Pero una cosa es quitarle importancia a un tabique cuando vives tranquila, y otra muy distinta es callártelo con cuatro policías peinándote la casa y un hombre buscándote por las noches.

—Alcázar. —Lo llamé antes de pensarlo—. Hay una pared que suena rara.

Se giró despacio.

—¿Qué pared?

—Esa. La del fondo. —Fui hacia ella, descolgué la sardina de mi hermana y la apoyé en el suelo—. El gotelé es distinto en este cuadrado, ¿lo ves? Está puesto por otra mano. El primer día que me

mudé fui a colgar el cuadro, di un martillazo y el clavo se me hundió entero, sin encontrar tabique. Metí el dedo y había un hueco. Al fondo toqué algo liso, como plástico. —Cogí aire—. Y no dije nada porque nunca le di importancia.

Alcázar siguió mi mirada hasta Káiser, que se había sentado frente a la pared, completamente inmóvil. Se le borró la expresión.

Se acercó despacio y observó al perro.

—Joder… Todas las veces que hizo eso no estaba mirando el cuadro —dijo—. Estaba intentando marcar.

—¿Marcar qué?

—Un olor. Probablemente restos de droga adheridos a los billetes. Con la pared y el plástico de por medio no podía localizar el punto exacto, por eso nunca completaba la señal: se sentaba, miraba y acababa apartándose. Creí que era una manía.

No dijo nada durante un segundo larguísimo y luego se volvió hacia sus hombres con una calma que me puso nerviosa.

—Parad. Todos. —Señaló el cuadrado con la barbilla—. Aquí.

El del detector apoyó el aparato en el centro de la pared, justo donde yo había señalado. Golpeó una vez con los nudillos, escuchó y golpeó otra. Y hasta yo, desde tres metros, oí lo que llevaba oyéndose desde el primer día que entré en aquella casa.

Sonó hueco.

Se hizo un silencio raro en el salón, de esos en que todo el mundo entiende una cosa a la vez sin decirla. Alcázar me miró. Yo miré la sardina, en el suelo, con su «Sevilla» torcido. Y el único que no se sorprendió lo más mínimo fue Káiser, que seguía sentado frente al espacio que había dejado el cuadro con una dignidad ofendida, como diciendo «ya podíais haberme hecho caso hace dos meses, pandilla de aficionados».

Alcázar no abrió la pared.

Yo esperaba que arrancara el yeso allí mismo, a puñetazos si hacía falta, con las ganas que llevábamos todos encima. Pero se quedó mirando el cuadrado un rato largo, con las manos en las caderas, y cuando habló no fue para pedir un martillo. Fue para pararlo todo.

—Que nadie toque esa pared —dijo—. Molina, ni un dedo. Fotos, medidas, y me traéis la cámara de fibra, la fina, la que entra por un agujero de nada. Quiero ver lo que hay ahí dentro sin abrirlo.

—¿Sin abrirlo? —Se me escapó a mí, que para eso era mi pared —. Si lo tienes ahí. Ábrelo y ya está.

—Si lo abro, se acaba, y mal. —Se volvió hacia mí y me habló como no lo había hecho hasta entonces, sin filtro, contándome de verdad lo que pensaba—. Escúchame. Si detrás de esa pared está lo que creo, y lo saco hoy, ¿qué tengo? Una bolsa de dinero y una casa. Nada más. La gente que mandó al de la cazadora, y el que le da órdenes a ese, y el que se las da al de más arriba, se enteran de que la policía tiene el dinero y desaparecen. Y dentro de un mes montan lo mismo en otro barrio. —Señaló el cuadrado—. Pero si eso se queda donde está, y ellos no saben que nosotros lo sabemos, van a venir a por ello. Y el día que vengan, los cojo a todos. No al recadero. A todos.

Lo entendí, y me dio un escalofrío, porque lo que estaba diciendo, por debajo, era que mi casa iba a ser una ratonera. Un cebo, con mi sardina colgada de gancho.

Recogió la sardina del suelo, miró un segundo aquel dibujo feo que había tapado un dineral durante semanas, y me lo devolvió con un cuidado que no le pegaba a las manos.

Trajeron la cámara de fibra. Hicieron un agujero del tamaño de un botón en una esquina del cuadrado, metieron el cable con su lucecita y se juntaron todos alrededor de una pantalla diminuta. Yo no vi lo que salía, porque Alcázar se puso delante, pero vi las caras. Y las caras lo dijeron todo. Nadie pone esa cara por un tabique vacío.

—Está ahí —dijo, sin girarse. Y luego, más bajo, casi para él—: Al final estaba ahí.

Taparon el agujerito con una masilla del color del gotelé, con mimo de restauradores, y volvieron a colgar la sardina de su clavo, torcida igual que la había dejado yo. Cuando terminaron, la pared era otra vez la pared de siempre. Nadie que entrara en mi salón habría dicho que detrás de aquel pescado feo dormían dos millones de euros que media ciudad parecía estar buscando.

—A partir de ahora —dijo Alcázar, ya en la puerta, con los suyos recogiendo—, esta casa no existe para ti. No entras, no te acercas, no vienes ni a por un jersey. Seguís las dos en mi casa, haciendo vida normal, que aquí no pasa nada. Y justo eso es lo que tiene que parecer: que aquí no pasa nada.

—¿Y si preguntan? En el trabajo, mi madre…

—Estás en casa de una amiga porque te hacen obras. Punto. Cuanta menos gente sepa la verdad, más segura estás.

Y se fue con su equipo, con las fotos y la cámara de fibra y el plano de mi casa entera metido en una carpeta, a preparar la manera de cazar a unos hombres que iban a venir, más pronto que tarde, a por una bolsa escondida detrás del dibujo de una sardina.

Doña Puri, que salió de su casa en cuanto oyó a los agentes recoger y que, a su manera, ya había entendido que la sardina escondía algo, me esperaba para bajar juntas al coche.

—Ese cuadro tuyo tan feo —me dijo, bajando la voz mientras cerrábamos mi puerta— resulta que valía un dinero.

—No veas cuánto, doña Puri. No veas cuánto.

Volvimos a casa de Alcázar las dos, ella instalada en la cama buena como una reina y yo en el sofá. Y esa noche, por fin, dormí del tirón, que llevaba semanas sin conseguirlo.

# CAPÍTULO 11



*Aquí no pasa nada*

Aquella noche, después de ver en una pantalla del tamaño de un sello lo que dormía dentro de mi pared, Alcázar dejó de tratar aquello como un robo. Dos millones de euros no los reclama un ladrón, los reclama una organización, y una organización no manda a un hombre con cazadora, manda a los que hagan falta. A la mañana siguiente tomó su primera decisión, y fue separarnos. Le costó bastante más convencer a doña Puri de que se fuera que a mí de que me quedara.

—Usted es la única persona que le ha abierto la puerta a ese hombre —le dijo, con la taza de café entre las manos y un tono que no admitía regateo—. La única que le ha visto la cara de cerca y ha hablado con él. Usted lo puede señalar con el dedo en una rueda de reconocimiento y hundirlo. Eso la convierte en mi mejor testigo. Y en lo que más les estorba a ellos.

Doña Puri, que había empezado a escuchar dispuesta a discutir, terminó la frase erguida como un palo. Le acababan de decir que era

importante, y a doña Puri no la llamaba importante nadie desde hacía muchos años.

—¿Yo lo hundo? —dijo, y se le notó que la palabra «testigo» le había gustado más que todo el café de la mañana.

—Usted lo hunde. Por eso no la quiero en ese edificio.

La mandó a un hotel. No a uno cualquiera, sino a uno bueno, discreto, en la otra punta de la ciudad, con un coche sin distintivos abajo y con la promesa de que nadie que no debiera iba a saber dónde estaba. Doña Puri protestó por sus plantas, por sus novelas de la tele, por la manta buena que se quedaba en el sofá, y por todo menos por lo único que importaba, que era que un hombre pudiera subir a su rellano a buscarla a ella. Hizo la maleta de cuando Franco protestando, y en el último momento, ya en la puerta, me agarró de la mano.

—Cuídate, hija. Y cuida de él, que los hombres grandes por dentro luego son como osos de peluche. —Bajó la voz—. Y no me hagas abuela postiza demasiado tarde, que una ya tiene sus años.

—Doña Puri.

—Que me voy, que me voy.

A mí no me mandó a ningún hotel, y me pasé un buen rato preguntándome por qué, hasta que entendí que no había ningún misterio, sino una lista de puertas cerradas.

A mi casa no podía volver, porque mi casa era ya una ratonera con un cebo colgado de un clavo. Al piso de doña Puri tampoco, porque estaba en el mismo edificio y con el mismo peligro subiendo por la misma escalera. A Sevilla no pensaba ir ni loca, porque presentarme en casa de mi madre y explicarle que un narcotraficante andaba buscándome habría sido peor para ella que para mí, y en tres días la tendría en el hospital con un amago de infarto. Y en aquella ciudad, después de dos meses, yo no tenía a nadie más. Ni una prima, ni una amiga con sofá, ni un novio de esos que sirven para las emergencias. Tenía a Vero, que compartía piso con otras dos y dormía en un cuarto del tamaño de mi despensa.

Quedaba el hotel. Se lo dije, además, y con retintín, porque a mí que me organicen la vida me pone de mal humor aunque sea por mi bien.

—Puedo irme con doña Puri.

—Por poder, puedes. —Alcázar levantó la vista de los papeles—. ¿A qué hora sales del restaurante?

—A las dos. A las dos y media, si el servicio se complica.

—Y el hotel está a tres cuartos de hora, en la otra punta de la ciudad, con dos transbordos en autobús nocturno. —Volvió a mirar los papeles—. O sea, que la solución para que no te pase nada consiste en obligarte a cruzar media ciudad sola de madrugada seis noches por semana…

Levantó la vista.

—Además, quiero que estéis separadas. Si encuentran a una, no encuentran a la otra. Mi dirección no figura en el expediente y la casa está vigilada.

—Ah, o sea, que es logística y seduridad.

—Exacto. —No lo dijo mirándome, y por eso, precisamente, me lo creí a medias.

Porque de aquella casa hasta El Almirez había diez minutos andando. Diez. Y a la salida, siempre había un coche o un perro esperándome. Así que me quedé.

En El Almirez seguí haciendo mi vida, que era la única parte del plan que no dependía de nadie. Turno, caliente, «oído», y discutir con Vero por el punto de la merluza. Vero notó que algo pasaba y me lo preguntó dos veces. Le conté lo de las obras en mi piso, que era la excusa oficial, y se la tragó a medias.

—Obras —repitió, mirándome por encima de la tabla—. Y por eso vives en casa del armario.

—Se llama Alcázar.

—Se llama suerte, chica. —Y siguió cortando, porque Vero sabe cuándo parar.

A mi casa, ni me acerqué. Esa fue la parte fácil de cumplir y la más rara de vivir: tener una casa a veinte minutos y no poder ni pasar por la calle. Alcázar fue tajante. Que no me viera nadie por el barrio, que no fuera a por un jersey, que aquel piso, para mí, no existía. Y lo entendí.

Lo que no había previsto, y eso que suelo preverlo casi todo, era lo distinta que iba a ser aquella casa sin doña Puri en medio. Con

ella, el piso de Alcázar había sido un campamento, con sus horarios, sus discusiones sobre si al perro se le daba jamón y su televisión a todo volumen. Sin ella nos quedamos los dos solos y un perro, y la casa se puso a la vez muy grande y muy pequeña, según la hora del día.

Con doña Puri en el hotel, la cama grande se quedó libre, y yo di por hecho el reparto lógico en casa ajena: él a su cuarto, yo al sofá. Pues no. Aquella misma tarde me encontré mis cosas colocadas en su habitación, las sábanas cambiadas y la puerta abierta, y a él montándose el campamento en el salón.

—Ni hablar —le dije—. Es tu casa y es tu cama.

—Tú trabajas doce horas de pie. Yo duermo en cualquier sitio. —Siguió estirando la manta sin mirarme, que era su manera de zanjar las cosas.

No discutí más.

Nos organizamos. Él salía temprano, con lo del operativo metido hasta el cuello, y volvía a deshoras. Yo entraba a mi turno, salía a las tantas, y me traía del restaurante lo que sobraba de la partida para que no cenara de máquina. Cuando coincidíamos, cenábamos tarde, de pie en la encimera, con Káiser vigilando por si caía algo. Cuando no, me dejaba un plato tapado y una nota de dos palabras en aquella letra apretada suya, y yo le dejaba otra a él.

Cuando vives así con alguien, al final te enteras de las cosas pequeñas. Me enteré de que dormía poco y mal. De que dejaba las botas alineadas junto a la puerta con una precisión de cuartel. De que a Káiser le hablaba en voz baja cuando creía que yo no estaba, cosas sin sentido, cómo te ha ido el día, ya somos dos viejos. Y de que tenía una foto en la estantería, boca abajo, que nunca ponía derecha y que yo nunca me atreví a girar, porque una sabe cuándo una foto boca abajo es asunto suyo y cuándo no lo es.

Doña Puri llamaba todas las noches al fijo, porque del móvil desconfiaba por principio.

—Hija, esto es Jauja —me decía, con la boca llena de algo—. Aquí te ponen el desayuno en la cama si lo pides. Y hay una bata blanca colgada en el baño, de rizo, para usarla, que lo pone en un cartelito. Me la voy a llevar, que para eso pago.

—Doña Puri, que no paga usted, que paga el Estado.

—Pues con más razón. Buena falta le hace al Estado gastarse el dinero en una señora decente, para variar.

Se quejaba del precio del agua del minibar, se había hecho amiga de la de la limpieza y de un jubilado del cuarto, y tenía en vilo a la recepción entera con sus teorías sobre el hombre de la cazadora, que contaba a quien se dejara con el dramatismo de una serie de sobremesa. Estaba pasándoselo mejor que en toda su vida, y a mí eso me quitaba un peso de encima, porque de las dos cosas que me daban miedo por las noches, al menos una la tenía a salvo y comiendo canapés.

La otra dormía al otro lado del pasillo, en un sofá que le quedaba corto, con la puerta del salón abierta por si yo necesitaba algo, y era, con diferencia, la más peligrosa de las dos.

Una noche llegué del turno más tarde de lo normal, con un servicio de esos que te dejan el cuerpo por un lado y la cabeza por otro. Me lo encontré despierto, en la cocina, con una cerveza sin abrir delante y la mirada perdida en la pared.

—¿Malas noticias? —pregunté, dejando las llaves.

—Ninguna noticia. Que es peor. —Empujó la cerveza dos dedos por la encimera, sin abrirla—. Todo montado, todo listo, y ahora a esperar a que muevan ficha. Y lo malo de esperar es que te da tiempo a pensar.

—¿En qué piensas?

Tardó en contestar, y cuando lo hizo no me miró a mí, miró la botella.

—En que la última vez que monté una operación así de bien pensada se me murió un compañero. —Le dio la vuelta a la botella entre los dedos—. Y en que esta vez, en medio de todo, hay una cocinera que me da de cenar y que no debería importarme tanto como me importa.

Lo soltó sin adornos, mirando el cristal, y luego se quedó callado, con la cara de quien acaba de decir en voz alta algo que llevaba semanas diciéndose por dentro. Yo me quedé de pie junto a la puerta, con el olor a fritanga todavía encima y el corazón haciendo otra vez de las suyas.

Podía haberme reído. Podía haber soltado una gracia, que es mi manera favorita de escaparme de los sitios que me dan vértigo. Estuve a punto, tenía ya una en la boca, alguna tontería sobre que lo que le importaba era mi rape y no yo. Pero lo miré, tan grande y tan solo en aquella cocina, con su botella sin abrir y su compañero muerto, y no me salió la gracia.

—No me digas esas cosas ahora —dije en voz baja—. No mientras dependa de ti que a mí no me pase nada. No es justo para ninguno de los dos.

—Lo sé. Por eso no lo había dicho antes. —Levantó por fin la vista—. Y no lo voy a repetir hasta que esto acabe. Pero quería que lo supieras, por si acaso. En mi trabajo, lo de «por si acaso» se aprende pronto.

Nos quedamos así un momento, cada uno en su punta de la cocina, con tres metros de baldosa y un perro dormido entre los dos, y aquellos tres metros me parecieron a la vez lo más corto y lo más largo que había cruzado nunca. No los crucé. Él tampoco. Fue seguramente lo más maduro que hemos hecho juntos, y también lo que más me costó.

—Vete a dormir, Candela —dijo al final, con suavidad—. Mañana madrugas.

—Tú también.

—Yo no duermo.

Y no dijo nada más, que en él era la manera de cerrar una puerta sin dar el portazo.

Me fui a su cuarto, que olía a él, a jabón y a un poco de perro, y me metí en aquella cama que era demasiado grande para mí y no lo bastante para él, con la sensación rarísima de estar ocupando un sitio que no me correspondía y que, a la vez, no quería soltar. Me quedé mirando el techo de una casa que no era la mía, en una ciudad que hacía dos meses no conocía, escondida de un hombre que quería un dinero que dormía detrás de un dibujo de una sardina. Y a pesar de todo eso, o a lo mejor por todo eso, lo único en lo que era capaz de pensar era en tres metros de baldosa que no había cruzado.

Káiser vino a mitad de la noche. Empujó la puerta entornada con el morro y se echó en el suelo junto a la cama, de frontera, montando guardia entre el hombre del sofá y yo. Le rasqué las orejas en la oscuridad, y él resopló, satisfecho, y me dejó la cabezota apoyada en la mano hasta que se me durmió el brazo.

—Tú sí que sabes —le dije, bajito—. Tú lo viste venir desde el primer día.

No sé si le hablaba del dinero de la pared o de la otra cosa, la que llevaba semanas creciendo en aquella casa. Con Káiser nunca supe muy bien de qué estaba hablando yo. Él tampoco me lo aclaró.

Me dormí tarde. Y al otro lado del pasillo, en el salón, oí a Alcázar dar vueltas en aquel sofá que le quedaba corto hasta que salió el sol. Los dos esperando lo mismo, cada uno en su sitio prestado, sin decírnoslo: que aquello se acabara de una vez, para bien o para mal, para poder cruzar por fin lo que tuviésemos que cruzar.

# CAPÍTULO 12



## *Lo que dijo Cardenal*

La noche que se torció todo empezó bien. Eso es lo que más rabia me da.

Llevábamos ocho días esperando. Ocho días de coche patrulla aparcado a la vista en mi calle, de hombres de Alcázar durmiendo por turnos en el piso de arriba y en el de abajo, y de una casa mía, cerrada y vacía, con dos millones de euros dormidos detrás de un dibujo de un pescado. Y nada. Los malos no venían. El barrio seguía aburrido, y yo seguía yendo a trabajar y volviendo a una casa prestada.

Aquella tarde libraba. Alcázar me llamó sobre las siete.

—¿Cómo lo llevas?

—Aburrida y a salvo. Según tú, lo ideal.

—Es lo ideal. —Se quedó un momento callado—. Oye, se ha movido lo de Cardenal. Paso luego por casa y te cuento. ¿Sobre las diez?

—A las diez. Y trae hambre, que hago yo la cena. Como sigas comiendo bocadillos en el coche te va a dar algo.

—Trato hecho.

Colgué contenta. Esa es la parte que todavía me cuesta perdonarme, que colgué contenta.

Me puse a cocinar con la radio de fondo. Albóndigas en salsa, las de mi abuela, las que hago cuando quiero decir algo y no encuentro las palabras. Piqué la cebolla muy fina, doré la carne, dejé el fondo espesando a fuego lento y puse la mesa para dos con los platos buenos, los que Alcázar tenía guardados en lo alto de un armario, sin estrenar, cogiendo polvo desde vete a saber cuándo. Me planché una camisa. Me la planché con más interés del que estaba dispuesta a reconocer, y no había nadie en aquella casa para verme hacerlo salvo el perro, que me miraba desde la puerta de la cocina con la cabeza ladeada.

—Ni una palabra —le dije.

Káiser bostezó y se tumbó.

A las nueve y media las albóndigas estaban listas. A las diez menos cuarto sonó el teléfono. Era él, y descolgué sonriendo.

—Como llegues tarde se recalientan, y no es lo mismo —dije.

Al otro lado no hubo broma. Hubo ruido de coche, radio policial, voces. Y su voz por encima, tensa, la del chaleco.

—Candela. —Solo mi nombre, y ya supe que algo iba mal—. ¿Estás en casa? ¿Con la puerta cerrada?

—Estoy en tu casa, con la puerta cerrada y con las albóndigas hechas. ¿Qué pasa?

—Cardenal ha aparecido muerto.

Dejé la cuchara en la encimera.

—Esta tarde, en un descampado a la salida de la ciudad. Lo tuvieron dos días. Hemos intervenido una llamada entre dos de los hombres que lo retuvieron. En ella decían que Cardenal les había dado el sitio exacto antes de matarlo. No solo el piso, que eso ya lo sabían, sino la pared, el cuadrado, el metro justo donde emparedó la bolsa.

Me senté en su silla, en su cocina, sin darme cuenta de que me estaba sentando.

—Entonces ya saben exactamente dónde está.

—Saben dónde, y saben que no pueden esperar. —Se le oía andar deprisa—. Llevan ocho días viendo un coche patrulla en esa puerta. Y esta noche, a las once, ese coche se va.

—¿Que se va? —Me levanté de la silla—. ¿Lo retiras tú?

—Lo retiro yo. Llevo ocho días enseñándoles un coche para que no entren, y no entran. Se acabó. A las once esa calle se queda tranquila, ese edificio se queda dormido, y ese piso se queda vacío con dos millones de euros detrás de un dibujo de una sardina. —Bajó la voz—. Y mis hombres dentro. En el piso de arriba, en el de abajo y en la azotea del edificio de al lado.

—Los estás llamando.

—Los estoy invitando. Y van a venir, porque ese dinero no es suyo, es un pago que tenían que entregar, y le deben esa cantidad a gente que no admite retrasos. Están más asustados que tú y que yo juntos. Por eso mataron a Cardenal, y por eso esta noche entra en tu salón el que manda de verdad. A por dos millones no se manda a un recadero.

Me quedé con la mano en la mesa, muy quieta, mirando los dos platos buenos que había sacado del armario.

—¿Estás seguro?

—Sí. Cardenal dio la casa, y con la casa vas tú. Saben que hay una inquilina nueva, saben dónde trabajas y saben que llevas más de una semana sin dormir en tu propio piso. —Cogió aire—. Y eso, para esa gente, solo significa una cosa: que la inquilina sabe algo. Que alguien la avisó. Que hay policía detrás.

—O sea, que si esto sale mal, vienen a por mí.

—Si esto sale mal, tú eres la primera a la que van a buscar. Por eso no sales de esa casa. Pase lo que pase.

—Vale —dije. Y me salió una voz rara, muy pequeña—. Vale.

—No sales de esa casa. No te asomas a la ventana. No abres la puerta ni al vecino ni a un repartidor. Si va alguien de los nuestros, te llamaremos antes y te dará una palabra clave. Si alguien llama al telefonillo, no contestas. Tienes comida y tienes al perro. En el cajón de la mesilla hay un teléfono con un único número marcado. Si oyes algo que no te cuadra, aunque te parezca una tontería, aprietas ese

botón. No estás sola: Serrano está en el piso de arriba y hay un coche sin distintivos frente al portal.

—Bruno, me estás asustando.

—Los asustados sobreviven, los valientes no. —Y luego, bajó la voz—. Y esta noche, si tengo que elegir, prefiero que estés asustada y viva.

Se oyó una voz detrás de él, alguien llamándolo. Le dijo a alguien que fuera saliendo, que ahora iba.

—Bruno, te llaman. Tienes que irte.

—Un segundo, Candela. —Y ahí cambió el tono. Y esa fue la primera vez que le tuve miedo de verdad a algo que no era un narco —. Escucha. Si esto sale mal…

—No…

—Si esto sale mal, Serrano bajará a buscarte. Antes de abrir, espera a que te diga la palabra «Sevilla». No abras a nadie más.

—Bruno, no.

—Y quiero que sepas una cosa antes de entrar ahí. —Se calló un momento. Oí cómo cogía aire, y cómo se le apagaba de golpe todo el ruido de alrededor, y me lo imaginé apartándose del coche, dándole la espalda a su gente para que no le oyeran—. Me he pasado semanas buscando excusas para volver a tu casa.

—Ya lo sé.

—Déjame terminar, que me ha costado mucho y a lo mejor no tengo otra.

Me tapé la boca con la mano. En la cocina de aquel hombre, con su cena en el fuego, con su perro mirándome desde la puerta.

—No sé decir estas cosas —dijo—. Nunca he sabido. Solo quiero que sepas que, si esta noche sale mal, no me voy con nada pendiente. Que estos dos meses han sido los mejores que he tenido en muchos años. Que no me acordaba de lo que era llegar a casa y que hubiera alguien.

—Bruno, cállate.

—Ya está. Ya lo he dicho.

—Dijiste que no lo repetirías hasta que esto acabara.

—Ya. Pues igual no acaba.

—Cállate y vuelve. —Estaba llorando, y me daba una rabia horrible estar llorando—. Me lo cuentas todo eso aquí, ¿me oyes? Con las albóndigas delante. Que las he hecho como las de mi abuela y no las pienso recalentar dos veces.

Se rió. Bajito, cansado, con una risa que no le había oído nunca.

—Guárdame una.

—Te guardo el plato entero.

—Cierra con llave, Candela.

—Ya está cerrada.

—Otra vez. Que te oiga.

Fui hasta la puerta con el teléfono pegado a la oreja y eché las dos vueltas, bien fuerte, para que las oyera al otro lado de la ciudad. Y él, al otro lado, esperó a oírlas, igual que la primera noche, igual que todas las noches.

—Buena chica —dijo.

Y colgó.

Y me quedé sola, en mitad de la cocina de un hombre que acababa de despedirse de mí sin decir la palabra, con dos platos buenos puestos en la mesa y una cazuela de albóndigas enfriándose para nadie. Y ahí empezó la peor noche de mi vida, que además, y esto lo digo sin vergüenza, la pasé entera sentada en un sofá.

Porque no hay nada peor que esperar. Nada. Lo he pensado mucho desde entonces. Prefiero la bronca, el susto, o que me tiren la puerta abajo otra vez. Pero esperar sin hacer nada, sabiendo que a veinte minutos de tu sofá hay hombres armados entrando en tu casa y hombres armados esperándolos, y que tu vida entera se decide sin ti, eso es una tortura que no le deseo a nadie.

Me senté. Me levanté. Recogí la mesa que había puesto para dos y la volví a poner. Metí las albóndigas en un táper, las saqué, las volví a meter. Encendí la televisión y la apagué a los tres minutos. Cogí el móvil cuarenta veces para llamarlo y lo dejé cuarenta veces, porque una llamada mía en el momento equivocado podía costarle un disparo.

Káiser lo notó. Los perros lo notan todo. No se separó de mí en toda la noche. Se pegó a mis piernas, me siguió de la cocina al salón y del salón a la cocina, y cuando por fin me senté, se subió al sofá,

cosa que tenía terminantemente prohibida, y me puso la cabezota en el regazo. No lo eché. Le rasqué las orejas y le hablé, porque en aquella casa vacía era eso o volverme loca.

—Tú lo sabías desde el principio, ¿verdad? Lo de la pared. Nos lo llevabas diciendo desde el primer día. Y nadie te hizo caso, hombre.

Káiser suspiró.

—Si le pasa algo, no me lo perdono nunca —le dije—. Ni a él, ni a mí.

A las once y media apagué todas las luces de la casa y me quedé a oscuras, sin ningún motivo. Nadie me lo había pedido. Lo hice porque a oscuras me sentía menos visible, aunque Serrano estuviera en el piso de arriba y un coche vigilara el portal.

A las doce menos cuarto llamó doña Puri desde el hotel, y le mentí. Le dije que todo iba bien, que Alcázar estaba trabajando y que yo estaba viendo una película. Ella me contó que había pedido merluza a la romana al servicio de habitaciones y que el chico que se la subió tenía muy buena planta. Le seguí la conversación quince minutos, riéndome cuando tocaba, con la mandíbula agarrotada de aguantarme lo otro. Colgué y me quedé mirando el teléfono. Nunca en la vida me había costado tanto una llamada, y mira que las he tenido difíciles.

A la una menos veinte se me ocurrió que quizá lo estaban echando en la televisión. Encendí, busqué el canal de noticias, y por supuesto no había nada, porque las cosas se cuentan al día siguiente y aquella noche todavía estaba pasando. Apagué otra vez.

A la una y cuarto pensé, con toda claridad, una cosa horrible: que si algo le ocurría, nadie me llamaría a mí. Yo no era nada suyo. No era su mujer, no era su novia, no era su hermana. Era la inquilina de un piso alquilado y la cocinera que le llenaba los táperes. Llamarían a alguien de una lista, a alguien de una carpeta, y yo me enteraría por el telediario, sentada en su sofá, con sus platos buenos puestos en su mesa. Eso fue lo que me rompió. No el miedo. La idea de no tener derecho ni a que me avisaran.

A la una y veinte, el teléfono.

Lo cogí antes del segundo tono, con el corazón en la garganta. No era su número. Era un número largo, raro, de esos que no dicen

nada.

—¿Sí?

—¿Candela? Soy Molina. —Se oía viento, y sirenas de fondo—. Escúchame, que solo tengo un segundo. Está todo bien. ¿Me oyes? Todo bien.

—¿Y él? Molina, ¿y él?

—Está bien. Está aquí, está entero, y está gritándole a alguien, así que imagínate lo bien que está. —Se le escapó una risa nerviosa, de las de después—. Nos ha pedido que te llamáramos primero. Antes que a nadie. Ha dicho que sabía que no ibas a estar durmiendo.

Me tapé la boca con la mano, y me di cuenta de que estaba llorando cuando ya llevaba un rato haciéndolo.

—¿Los habéis cogido?

—A los cuatro. Y no solo a los cuatro. —Bajó la voz—. Han caído dos coches más a la salida, con gente que no esperábamos. Gente gorda, Candela. De la que no sale en los periódicos. Ha sido una noche histórica, chica. Y todo esto empezó el día que abriste la boca y señalaste una pared.

—Mi pared. —Me reí, y me salió un ruido raro, entre risa y otra cosa—. Molina, ¿mi casa cómo está?

—Tu casa está…

Se calló un momento.

—Digamos que tu salón tiene un boquete considerable, hay yeso hasta en el techo y a la sardina esa fea la ha atropellado la historia. Pero la puerta está intacta, que es más de lo que se puede decir de la última vez que estuvimos allí.

Colgué, me abracé al perro y me quedé llorando en el sofá de un hombre que no era mi novio, en una casa que no era la mía, con la cena fría en la encimera y toda la tensión de ocho días saliéndoseme por los ojos de golpe.

Alcázar llegó a las cuatro y diez de la mañana.

Oí la llave, y me levanté de un salto, y me quedé plantada en mitad del salón, sin saber qué hacer con las manos ni con la cara ni con nada.

Entró despacio. Traía el chaleco puesto, la ropa hecha un desastre, polvo de yeso en el pelo y en los hombros, un corte pequeño en la ceja y una cara de no haber dormido en una semana. Se quedó en el recibidor, mirándome desde allí. No dijo nada.

Y yo, que llevaba seis horas ensayando las cosas que le iba a gritar, hice lo único que no había ensayado.

Crucé el salón, crucé todo lo que había que cruzar, y lo abracé.

Lo abracé fuerte, con la cara pegada a un chaleco antibalas que olía a él, a metal y escombro, agarrándome a él con las dos manos como me agarraba a las ollas en las escaleras. Y él tardó un segundo entero en reaccionar. Un segundo en el que no supe si me iba a apartar. Luego levantó los brazos y me rodeó, apoyó la barbilla en mi cabeza y soltó todo el aire de golpe. Llevaba ocho días sin respirar del todo, y se le notó.

Nos quedamos así un rato largo. Ninguno de los dos dijo una palabra. Káiser dio dos vueltas a nuestro alrededor, satisfechísimo, y se fue a beber agua.

—Estás lleno de yeso —dije, contra su hombro.

—Y tú estás llorando.

—Es la cebolla de las albóndigas.

Noté cómo se le movía el pecho. Se estaba riendo, sin hacer ruido, con la cara metida en mi pelo.

—Se han enfriado —añadí.

—Me da igual.

—Están malísimas frías.

—Candela. —Se separó lo justo para mirarme, con las manos todavía en mis brazos, y tenía los ojos rojos y la barba llena de polvo blanco y una cara que no le había visto nunca—. Me da exactamente igual.

Se las comió frías, de pie en la cocina, directamente del táper, con dos tenedores. Y me lo contó todo despacio: cómo entraron por la azotea del edificio de al lado, cómo esperaron a que abrieran la pared, cómo los cogieron con la bolsa en la mano, cómo cayeron los otros dos coches en la calle. Me contó que el de la cazadora se llamaba de otra manera y que llevaba once años haciéndole daño a la gente. Me contó que no hubo un solo disparo.

Yo solo lo tenía delante, entero, cenando a las cuatro de la mañana, y necesitaba oír una cosa.

—Se acabó —dije, y no era una pregunta, pero necesitaba oírlo.

—Se acabó. —Rebañó la salsa con un trozo de pan—. Mañana deja de ser una escena policial. Luego habrá que arreglar lo que queda de tu casa.

—Estupendo. ¿Y la sardina?

—La sardina ha muerto por España.

Me reí. Me reí de verdad, con toda la carcajada de golpe, y me tuve que agarrar a la encimera, y él me miraba comer y reír con una cara de tranquilidad enorme, la de alguien que por fin suelta un peso que llevaba tres años cargando.

Y entonces pensé en algo, y me quedé mirando el táper, sin saber qué decir.

Alcázar dejó el tenedor. Se limpió las manos en el pantalón y tomó aire.

—Candela —dijo—. Esto se ha acabado.

—Ya lo has dicho.

—Lo he dicho como policía. —Dio un paso—. Ahora lo digo como lo otro.

# CAPÍTULO 13



## *Lo otro*

Un hombre de metro noventa dando un paso hacia ti en una cocina, a las cuatro de la mañana, ocupa mucho más espacio del que debería.

Yo me quedé quieta, con el táper en una mano y el tenedor en la otra, y la boca seca de repente. En el fregadero goteaba el grifo. Káiser levantó la cabeza desde la puerta, nos miró a los dos y volvió a bajarla, aburrido, como el único adulto de la casa.

—Alcázar.

—Bruno.

—¿Qué?

—Que me llamo Bruno. —Se apoyó en la encimera, a un palmo de mí, y siguió sin tocarme—. Llevas dos meses llamándome por el apellido. Es lo que hace la gente que trabaja conmigo.

—Es que a mí me tiraste la puerta abajo.

—Empezamos fatal.

—Sí, eso es cierto —le concedí.

Levantó la mano y me quitó algo del pelo. Una miga, una mota de yeso suyo, lo que fuera. Lo hizo despacio, sin ninguna prisa, y luego dejó la mano ahí, en mi cara, con el pulgar en mi pómulo, y me miró con esa atención suya que no se parece a la de nadie, la de un hombre entrenado para fijarse en todo.

—Te dije que cuando esto acabara, hablaríamos —dijo—. ¿Recuerdas?

—Sí… Lo dijiste.

—Se acabó hace tres horas.

—Pues creo que vamos *tard...*

No pude terminar la frase, porque me besó.

O lo besé yo. Esto lo hemos discutido muchas veces desde entonces y no nos ponemos de acuerdo, y a mí me da igual, porque el resultado fue el mismo. Sé que se me cayó el táper. Sé que las albóndigas acabaron por el suelo y que Káiser se comió tres antes de que ninguno de los dos nos diéramos cuenta, y que aquello fue lo único triste de la noche, porque estaban buenísimas.

Del resto me acuerdo a trozos, y los trozos son estos. Que olía a su perfume mezclado con metal y polvo. Que tenía la barba llena de yeso y me raspaba, y no me importó lo más mínimo. Que me subió a la encimera con una facilidad insultante y que, por un segundo, me acordé de aquella primera noche, del suelo de mi salón y de unas manos sujetándome. Solo que esta vez todo significaba exactamente lo contrario.

Y que en mitad de todo, con la cara metida en mi cuello, se rió.

—¿De qué te ríes? —jadeé.

—De que, desde que te conozco, solo he buscado excusas de mierda para hablarte.

—Lo sé.

—¿También lo sabías?

—Alcázar, hijo, lo sabía hasta el perro.

Me calló. Y una cosa te digo: para ser un hombre que hablaba tan poco, se explicaba estupendamente.

Besaba igual que hacía todo lo demás. Sin prisa, con las dos manos, prestando una atención que daba un poco de vértigo. Un hombre que se toma en serio lo que tiene delante. Yo, que había

besado a bastantes tontos y a un par de sinvergüenzas, no estaba preparada para que alguien me besara con esa seriedad.

No pasó nada más aquella noche. Y no por falta de ganas, que las ganas estaban ahí, encima de la encimera, delante de los dos, sino porque el hombre llevaba veintidós horas de pie, había entrado por una azotea, se había comido un puñetazo en la ceja y llevaba tres años sin dormir bien. En mitad del beso se le doblaron las rodillas. Literalmente. Se apoyó en mí y me llevó por delante media estantería.

—Estoy bien —dijo, blanco como el papel.

—Estás exhausto.

—Estoy perfectamente.

—Bruno. —Nunca lo había llamado así, y le hizo más efecto que el beso—. A la cama.

—Esa es la mejor idea que has tenido nunca.

—A dormir, animal.

Lo llevé a su cuarto, a su cama, la que me había cedido durante días, y me senté en el borde mientras se quitaba las botas con una torpeza de niño pequeño. Le curé el corte de la ceja con lo que encontré en el botiquín. Se dejó hacer, con los ojos medio cerrados y una sonrisa de tonto que le duraba desde la cocina.

—Candela.

—Dime.

—No te vayas.

—No me voy a ninguna parte. Es tu casa, pero todavía vivo aquí.

—Digo cuando puedas volver a tu piso. —Le costaba mantener los ojos abiertos—. No te vayas.

Le aparté el pelo de la frente y no le contesté, porque no supe qué contestar. Se durmió en cuatro segundos, con la mano agarrada a mi muñeca. Me quedé un rato ahí sentada, mirándolo dormir, con el corte curado y el polvo de yeso todavía en el pelo. Le solté los dedos uno a uno y me fui al sofá, y no me sentí desplazada ni un segundo.

Durmió catorce horas seguidas. Se despertó cerca de las siete de la tarde, desorientado, con la marca de la almohada en la cara y una cara de susto tremenda, buscando el móvil, buscando el chaleco,

buscando algo que hacer. Le costó media hora entera entender que no había nada que hacer. Que ya estaba. Que podía sentarse.

Lo vi dar vueltas por su propia casa sin saber dónde ponerse, coger un vaso, dejarlo, mirar por la ventana, y me acordé de los primeros días en El Almirez, cuando yo no sabía qué hacer con las manos entre servicio y servicio. Le puse un café delante y lo senté en su silla.

—Se te ha acabado la guerra —le dije—. Ahora viene lo difícil.

—¿El qué?

—Vivir. Que da más miedo.

Se quedó pensando en eso mucho rato. Y no se rió.

Doña Puri volvió del hotel al día siguiente por la tarde, cargada con dos bolsas más de las que se había llevado, una bata de rizo blanca doblada con todo el descaro del mundo y un puñado de jaboncitos que había ido acumulando a ritmo industrial.

—Doña Puri, eso es robar.

—Eso es aprovechar, hija. Y la bata la puse en la cuenta de la habitación. Que la pague el Estado, que para eso me tuvo encerrada nueve días.

—Nueve días con desayuno en la cama.

—Nueve días secuestrada —me corrigió—. Y ahora, cuéntamelo todo. Y no me mientas, que se te nota en la cara.

—¿El qué se me nota?

—Que a este ya lo has besado.

Me puse roja hasta las orejas, y ahí se acabó el interrogatorio, porque doña Puri soltó un chillido que se oyó en el portal, se santiguó, dijo «lo sabía, lo sabía desde lo de la puerta», y se lanzó a abrazar a Alcázar, que estaba en la puerta de la cocina y no tuvo tiempo de escapar. Lo agarró de la cara con las dos manos y le habló como se le habla a un niño de seis años.

—Tú a esta me la cuidas. Que es lo único bueno que ha entrado en ese edificio en veinte años. Y ella, aunque no lo diga y aunque hable mucho, es más buena que el pan.

—Lo sé, señora.

—Y me la traes a comer algún domingo.

—Los domingos que pueda.

—Pues esos —zanjó doña Puri.

Mi madre se dio cuenta por mi forma de hablar. Notó algo distinto en mi voz, supo que había alguien en mi vida y no me quedó más remedio que contárselo. En lugar de reñirme por no haberlo hecho antes, me hizo la única pregunta que le importaba de verdad.

—¿Y come bien?

—Come de todo, mamá. Rebaña.

—Ay, hija mía. —Se le quebró la voz de puro alivio—. Ese es de los buenos.

Vero se enteró el lunes, en el pase, porque me miró a la cara dos segundos y lo supo. No dijo nada. Se limitó a levantar las dos manos, señalarme con un cuchillo de deshuesar y anunciarle a la cocina entera, por encima del ruido de las campanas:

—¡CHEF! ¡QUE LA CANDELA SE HA ECHADO NOVIO POLICÍA!

Y toda la cocina aplaudió. Hasta el friegaplatos. Robledo, sin levantar la vista de la plancha, dijo la única frase amable que le había oído decir desde que entré en El Almirez:

—Que traiga hambre el domingo.

Mi casa tardó tres semanas en volver a ser una casa. La Administración, o quien fuera que se hiciera cargo de aquello, mandó a unos albañiles que cerraron el boquete del salón, alisaron la pared entera y la dejaron mejor de lo que estaba. Cuando vinieron a preguntarme por el gotelé, les dije que lo quitaran. Que la quería lisa. Que no quería un solo trozo de pared en mi casa que fuera distinto de los demás.

Durante aquellas tres semanas, Bruno me enseñó algo que no había querido contarme la noche del operativo. Uno de los hombres llevaba en el bolsillo interior de la chaqueta una hoja doblada en cuatro, con mi nombre completo, la dirección de El Almirez, mis turnos y una foto mía tomada desde un coche al salir del trabajo.

Me la enseñó en su despacho, dentro de una funda de plástico y con un número de registro en la esquina. Me quedé mirándola un rato y luego le pregunté:

—¿Por eso me sacaste de mi casa?

—Te saqué mucho antes de saber que esto existía. Esto solo me confirmó que hice bien.

El día que me autorizaron a volver al piso, subí sola. Abrí mi puerta con mi llave, sin nadie esperándome en la acera, sin un coche patrulla en la esquina, sin tener que avisar a nadie de que había llegado. Me quedé en mitad del salón, mirando la pared nueva, blanca y lisa y sin secretos, y sonreí al darme cuenta de que ahí empezó todo.

Terminé de deshacer las cajas. Las treinta estaban vacías por fin. Saqué las sartenes, las cazuelas, el cucharón de mi abuela, y les busqué un sitio a cada cosa, un sitio de los definitivos. Compré una planta nueva para sustituir a la albahaca, que no sobrevivió ni a la redada ni a mi abandono. Puse las fotos en la estantería, todas derechas.

Alcázar llegó un rato después con Káiser, y se quedó en la puerta esperando a que yo dijera algo.

—Está bien —dije—. Está muy bien.

—Los albañiles son buenos.

—Sí, lo son.

Se acercó y se paró a mi lado, mirando conmigo aquel salón blanco y liso donde ya no había nada escondido.

—Veo que ya has deshecho las cajas y has colgado tus cosas —dijo—. Haz de este piso tu casa. Te lo has ganado. Y duerme aquí cuando de verdad te apetezca volver.

—¿Y cuando no me apetezca?

—Entonces vente a casa.

Me giré para mirarlo. No estaba mirándome a mí, seguía con la vista en la pared, con las manos en los bolsillos y las orejas coloradas.

—Yo llego tarde y me voy temprano —siguió—. Duermo mal, hablo poco y no sé cocinar. Y desde que estás tú, esa casa es otra cosa.

—Bruno.

—Déjame terminar, que me está costando.

Cogió aire. Y aquel hombre que entraba el primero por todas las puertas se quedó parado en el umbral de una, sin atreverse a cruzarla.

—Ven a casa —dijo—. No de prestado. No hasta que se arregle nada. Ven y quédate el tiempo que quieras. O vive en las dos casas a la vez, pero ven.

Sonreí y le dije que sí sin pensarlo, que es la única manera en que hago las cosas valientes.

Y después, para no quedarme mirándolo como una tonta, le pregunté si eso significaba que a partir de ahora la cena la hacía él, y él me contestó que no abusara de su momento de debilidad.

Y aquello se convirtió en una declaración en toda regla.



Una tarde de aquellas, ordenando su estantería mientras él se duchaba, me encontré con la foto. La de siempre, la que llevaba semanas boca abajo. La cogí con dos dedos, la miré un rato, y no la giré. La dejé donde estaba, en la misma postura, y bajé la mano.

Esa noche, sin que yo dijera nada, la puso él derecha. Un hombre joven con uniforme, sonriendo de lado, con un pastor alemán de dos años sentado a sus pies. Nunca me contó ese día lo que había pasado. Me lo fue contando a plazos, durante meses.

Colgué la sardina otra vez. La habían encontrado los de la Científica en una esquina, con el cristal reventado, cubierta de polvo y con un boquete justo en mitad del pescado, y me la devolvieron dentro de una bolsa de pruebas, con su etiqueta y su código de barras y todo. Le puse un marco nuevo y la colgué en el mismo sitio, en el centro de la pared lisa.

Káiser, en cuanto la vio, se sentó debajo y se quedó mirándola con la cabeza ladeada, muy serio.

—Ya no hay nada ahí, hombre —le dije—. Ya está.

El perro no se movió. Y Alcázar, detrás de mí, se rió por la nariz.

—Déjalo. Es de lo mejor que ha hecho en toda su carrera. Deja que lo disfrute.

# EPÍLOGO



## *Tienes derecho a besarme*

*Lo que vino después…*

La noche que Bruno Alcázar estrenó mi casa, no durmió.

Se pasó las horas dando vueltas, levantándose a comprobar el pestillo, mirando la calle con dos dedos de visillo, igual que hacía yo cuando tenía miedo. A las cuatro de la mañana lo encontré sentado en mi sofá, a oscuras, con Káiser a los pies y una postura de montar guardia.

—¿Se puede saber qué haces?

—Comprobar.

—Comprobar el qué, alma de cántaro. Si aquí ya no queda nada que comprobar.

Se quedó callado. Y entonces lo entendí. Aquel hombre, que había entrado el primero en todas las puertas de su vida, no sabía dormir en una casa donde no hubiera peligro. Le hacía falta uno para saber dónde ponerse.

Me senté a su lado, en pijama, y le cogí la mano.

—Se acabó, Bruno. Ya no vive nadie malo en esta pared.

—Ya lo sé.

—Pues métete en la cama, que mañana libro y voy a hacer arroz.

Volvió a la cama y se durmió con la mano en mi barriga, agarrado a mí, sujetándose. A las seis y media se levantó otra vez a mirar por la ventana. No le dije nada. Le hice el desayuno.

Le costó ocho meses dejar de comprobar el pestillo por las noches. Un día me di cuenta de que llevaba semanas durmiendo del tirón, y no le dije nada, porque hay cosas que si las dices se rompen.

La casa la arreglamos entre los dos. Bueno, la arreglé yo y él sujetó cosas, que para eso mide metro noventa y para eso es un manazas de campeonato. Montamos una estantería que quedó torcida y que sigue torcida. Pinté la cocina de un amarillo que le pareció espantoso y que aceptó sin rechistar. Aprendió a cocinar. Un poco, pero al menos hace tres platos y los hace bien.

Los días que salgo tarde me deja la cena tapada con un trapo y una nota, siempre con aquella letra apretada suya. Las he ido guardando todas en una caja de galletas. Son ochenta y siete. No pienso decírselo nunca.

Lo que no arreglamos fue el reparto de la casa, porque no hizo falta. Yo tenía mi piso, con mis cajas por fin deshechas y mis cazuelas colgadas donde yo quería, y él tenía el suyo, con sus botas alineadas junto a la puerta. Y entre los dos pisos hubo, durante meses, un ir y venir de bolsas, de cepillos de dientes, de camisetas que aparecían dobladas en el armario equivocado. Una noche aquí, dos noches allí. Nunca lo hablamos. Simplemente, cada vez había más cosas mías en su armario y más cosas suyas en el mío.

En El Almirez ascendí. Robledo se jubila el año que viene, y hace tres meses me llamó a su despacho, que es un cuartucho con una mesa y catorce carpetas, y me soltó la frase más larga que le he oído en la vida.

—Cuando me vaya, esta cocina la llevas tú. Si te da la gana.

—¿Y si no me da la gana?

—Te dará. —Y volvió a lo suyo.

Le dije que sí, claro que le dije que sí. Salí de aquel cuartucho, entré en el servicio de mediodía y me pasé el servicio entero llorando sobre las cebollas, con la mejor excusa del mundo y a la vista de todos. Vero, que me conoce, me pasó el brazo por el hombro sin decir nada y me robó un langostino.

A Bruno se lo conté esa noche. Se me quedó mirando un rato largo, con esa atención suya que sigue dándome vértigo, y luego se levantó, fue a la cocina y volvió con dos copas y una botella que llevaba meses guardada en lo alto de un armario.

—Esto lo tenía para algo bueno.

—Podías haberla abierto cuando cogiste a los narcos.

—Eso era trabajo. Esto es de lo que importa.

Y no volvió a mencionarlo, porque él dice las cosas una vez y ya está. Yo, en cambio, lo he contado catorce veces.

Káiser se jubiló en marzo. Le hicieron un acto con su placa y su diploma, me obligaron a ir, y lloré como una idiota delante de sesenta policías. Bruno, a mi lado, aguantó el tipo con la mandíbula apretada y sin mirar a nadie, y cuando le pusieron la placa al perro se le fue la vista al suelo durante un buen rato. Nadie dijo nada. Los compañeros de un hombre saben cuándo callarse.

Káiser duerme donde le da la gana, que suele ser en mitad del pasillo para que nos tropecemos, y ha desarrollado una obsesión nueva con el horno.

Y sigue sentándose debajo de la sardina. La de siempre, la que sobrevivió al boquete, con su marco nuevo y su cristal cambiado, colgada en el centro de una pared blanca y lisa donde ya no hay nada escondido. Un par de veces por semana se planta ahí, ladea la cabeza y suelta su gruñido de conversación.

—Ya no hay nada, Káiser.

El perro me mira. Vuelve a mirar el cuadro. Y yo sé perfectamente lo que me está diciendo, porque en esta historia el único que llevó razón desde el primer día fue él, y no piensa consentir que se nos olvide.

Bruno me pidió que me casara con él en la cocina, un martes, mientras yo pelaba patatas.

No hubo restaurante, ni velas, ni nada de lo que suele haber. Hubo un hombre grande apoyado en la encimera, mirándome pelar, que de pronto dijo:

—Oye.

—Dime.

—Vamos a casarnos.

Se me cayó el pelapatatas. Él siguió ahí, quieto, esperando, con las orejas rojas y una tranquilidad de fachada que no engañaba a nadie.

—¿Así? —dije—. ¿Sin más?

—Llevo dos semanas buscando la manera buena y no la encuentro. Y esta noche te vas a dormir sabiéndolo igual.

Aquel, viniendo de él, fue el discurso más romántico que se ha pronunciado en esta ciudad.

—Vale —dije.

—¿Vale?

—Vale, sí. Que sí. Que me caso contigo, pesado.

Y entonces hizo lo que no me esperaba. Se separó de la encimera, se puso muy recto, con las manos a la espalda, y me habló con aquella voz grave de la primera noche, la de Constantino Romero, la que usó la noche en que me tiraron la puerta abajo.

—Candela Ruiz. Queda usted detenida.

—Bruno…

—Tiene derecho a guardar silencio. —Ni se inmutó—. Tiene derecho a un abogado.

—¿Vas a leerme mis derechos? —Me reí.

—Tiene derecho a no declarar contra sí misma. —Dio un paso—. Tiene derecho a comerse el último trozo de tortilla sin que yo diga nada.

—Eso no viene en la ley.

—Tiene derecho a quedarse con mi lado de la cama, que ya lo hace igualmente. Tiene derecho a llamarme animal y manazas, en ese orden. —Otro paso, y ya lo tenía delante—. Tiene derecho a seguir guisándome.

Yo tenía las manos llenas de patata y los ojos llenos de otra cosa.

—Bruno.

—Y tiene derecho a besarme —dijo.

Y lo besé con las manos sucias, en mitad de mi cocina, poniéndole la cara perdida de patata y no le importó lo más mínimo.



Nos casamos en septiembre. Vinieron mi madre y mi hermana desde Sevilla, y mi tío el del bar, que lloró más que nadie y que se pasó el banquete explicándole a quien se dejara que él me enseñó a freír. Vino Vero, que hizo de testigo y que a mitad de la ceremonia ya estaba llorando más que mi madre. Vino Robledo, que no bailó, pero se quedó hasta el final, de pie, con una copa en la mano, vigilando el bufé con ojo profesional. Vinieron Molina y media brigada, con sus mujeres y sus maridos, y se bebieron lo que no está escrito.

En la mesa presidencial, sobre el mantel blanco, había una foto en un marco. Un hombre joven con uniforme, sonriendo de lado, con un pastor alemán de dos años a los pies. Fue idea mía. Bruno no dijo nada cuando la vio. Se quedó un rato ahí de pie, se pasó la mano por la cara, y luego vino a buscarme y me abrazó por detrás en mitad del salón, delante de todo el mundo, y me tuvo así un rato largo sin decir una palabra.

Káiser llevó los anillos. Los perdió. Aparecieron veinte minutos después, debajo de la mesa de los postres, junto a un perro con cara de no haber roto un plato en su vida y media bandeja de milhojas desaparecida.

Bailamos poco, porque Bruno baila igual que camina, con una seriedad de desfile, pero bailamos. Y en mitad de la canción, con la cabeza apoyada en su hombro y toda mi gente alrededor, me acordé de una cosa que me dijo aquel primer domingo, cuando lo encontré por la calle en vaqueros y con el perro. Me dijo que Káiser no le hacía caso a nadie que no fuera él, y que mira a quién había ido a elegir. A la sospechosa. Se lo recordé al oído.

—Eligió bien —dijo.

—El perro.

—El perro y yo.

Mi madre, en el banquete, me cogió la cara con las dos manos.

—Hija mía, qué alegría. Un policía. Con lo mal que empezó todo.

—Mamá, te recuerdo que me tiró la puerta abajo.

—Bueno. —Se encogió de hombros—. Podría haber sido peor.

Y ahí está el resumen de mi vida, en una frase de mi madre.

Aquella noche, poco más de un año atrás, cuando la puerta salió volando y me desperté en el suelo de mi propio salón con la cara pegada a una baldosa y un pegote de macarrón en la oreja, si alguien me llega a contar cómo iba a acabar todo, le habría dicho que estaba loco. Yo solo quería un piso barato, un trabajo bueno y que me dejaran en paz.

Y en vez de eso me dieron una redada que empezó con un error, un narco en la acera, un perro con un gusto pésimo para el arte y un hombre protector.

A veces, cuando cierro el restaurante y vuelvo andando de madrugada por el mismo callejón de siempre, me paro un momento en mi portal y me acuerdo de la chica que subía cajas por esta escalera poco más de un año atrás, muerta de miedo y de ilusión, convencida de que se iba a comer el mundo. Aquella chica no tenía ni idea de nada. Pero acertó en lo único importante, que fue venirse. Todo lo demás vino detrás.